

COMUNA 150 DE PARÍS



COMUNA
DE PARÍS 150

Comuna de París 150

Edición homenaje de Batalla de Ideas (Argentina); Bharathi Puthakalayam (India); Centro Social y Librería Proyección (Chile); Chinthá (India); Deshar Katha (India); Editorial Caminos (CMMLK, Cuba); El Colectivo (Argentina); Expressao Popular (Brasil); Fondo Editorial Fundarte (Venezuela); Gano Mukti Parishad (Bangladesh); Idea (Rumania); Instituto Simón Bolívar (Venezuela); Instituto Tricontinental de investigación social; Incendiar el océano (México); Janashakti (India); Janata Prasaran Tatha Prakashan (Nepal); Kriya Madyama (India); Marjin Kiri (Indonesia); LeftWord (India); Naked Punch (Pakistán); National Book Agency (India); Nava Telangana (India); Prajashakthi (India); Red Star Press (Italia) SFI Gujarat (India); Studia humanitatis (Eslovenia); Vam Prakashan (India); Yordan Kitab (Turquía) y Založba /*cf (Eslovenia).

Arte de tapa: Jorge Luis Aguilar (Cuba)

Arte de contratapa: Junaina Muhammed (India, Student Federation of India/ Young Socialist Artists)

Diseño de interior: Daniela Ruggeri (Argentina, Insituto Tricontinental de Investigación Social)

Separadores realizados a partir de doce versiones de *L'Internationale*. Departamento de Arte del Instituto Tricontinental de Investigación Social.

Traducción de *Introducción: abrir las puertas a la utopía* (V. Prashad) y *Una flor brillante* (T. Chak): Pilar Troya Fernández y Daniela Schroder

Corrección: Fernando Vicente Prieto, Francisco Vértiz, Magdiel Sánchez Quiroz, Francisco Farina y Carlos Duque



Se autoriza la reproducción parcial o total, siempre y cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente

**BATALLA DE
IDEAS**

Batalla de Ideas (Argentina)
www.batalladeideas.com.ar



Bharathi Puthakalayam (India)
www.thamizhbooks.com



Centro Social y Librería Proyección (Chile)



Chintha (India)
www.chinthapublishers.com



Editorial Caminos (Cuba)
www.ecaminos.org



El Colectivo (Argentina)
www.editorialelcolectivo.com

**expressão
POPULAR**

Expressao Popular (Brasil)
www.expressaopopular.com.br



Fondo Editorial Fundarte (Venezuela)
www.fundarte.gob.ve



Idea (Romania)



গণপ্রকাশন

Gonoprokashon (Bangladesh)



Janata Prasaran Tatha Prakashan
Public Limited (Nepal)



Insituto Simón Bolívar (Venezuela)
www.isb.ve

**incendiar
el océano**

Incendiar el océano (México)
www.incendiarloceano.org



Janashakti Prakashan (India)



Kriya Madyama (India)

LeftWord

LeftWord (India)
www.mayday.leftword.com



NAKED PUNCH

Naked Punch (Pakistán)
www.nakedpunch.com



National Book Agency (India)
www.nationalbookagency.com



Marjin Kiri (Indonesia)
www.marjinkiri.com



Nava Telangana (India)
www.navatelanganabooks.com



Ojas: Vidyarthi Ni Pahel (India)



Prajasakti (India)
www.psbh.in



Red Star Press (Italia)
www.redstarpress.it



SH

Studia Humanitatis (Eslovenia)
www.studia-humanitatis.si



tricontinental

Tricontinental. Instituto de Investigación Social
www.eltricontinental.com



वाम

Vam Prakashan (India)
mayday.leftword.com/vaam-prakashan/



Yordam Kitap (Turquía)



ZALOŽBA
* cf.

Založba /*cf (Eslovenia)
www.zalozbacf.si

Contenido

- 8** **Introducción: abrir las puertas a la utopía**
Vijay Prashad
- 24** **Una flor brillante**
Tings Chak
- 28** **La guerra civil en Francia**
Carlos Marx
- 102** **El Estado y la revolución. Capítulo III**
Lenin
- 129** **Manifiesto de la Federación de Artistas de París**
- 136** **Resolución de los comuneros**
Bertolt Brecht



Debout! les damnés de la terre. Debout! les forçats de la faim



La raison tonne en son cratère, C'est l'éruption de la fin.



Du passé faisons table rase. Foule esclave, debout! Debout!



Le monde va changer de base. Nous ne sommes rien, soyons tout!



শেষ যুদ্ধ শুরু আজ কমরেড



এসো মোরা মিলি একসাথ গাও



ইন্টারন্যাশনাল মিলাবে মানবজাত।।

Introducción: abrir las puertas a la utopía

Vijay Prashad

En 1871, durante setenta y dos jornadas, el pueblo de París abrió las puertas a la utopía. Ante una clase dirigente que había llevado a Francia a una guerra catastrófica y a la sumisión a Prusia, los trabajadores y las trabajadoras de París decidieron hacer barricadas, establecer su propio gobierno con sus propios principios democráticos y tratar de resolver los problemas que había creado la clase gobernante. «¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisinos!», escribió Carlos Marx en una carta a su amigo Kugelmann el 12 de abril de 1871.

Después de seis meses de hambre y de ruina, originadas más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas, ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo! (Marx, 1928)

Las y los trabajadores parisinos caminaron por sus calles como herederos de la Revolución Francesa de 1789 y del levantamiento de 1848. En cada uno de esos momentos tocaron el cielo, esperando crear un mundo diseñado y gober-

nado por la clase trabajadora. Pero, cada vez, su revuelta les fue arrebatada, bien por el engaño —una clase pequeña pero poderosa, la burguesía, utilizaba el levantamiento de masas para sus propios fines— o bien por la violencia armada del Estado movilizada por el gobierno de sus enemigos de clase (la burguesía entre ellos). Napoleón I y Napoleón III se convertirían en instrumentos de los poderosos contra los intereses de la mayoría (Marx, 1981a y 1981b). Las derrotas de 1789 y 1848 no detuvieron a la clase obrera, quienes sabían que la lucha en 1871 sería difícil. Acabaría con su derrota, con más de 100 000 mujeres y hombres asesinados por la despiadada burguesía francesa.

Una bandera roja sobre la alcaldía

Este experimento de setenta y dos días se conoce como la Comuna de París. Se denominó «comuna» porque en 1792 los revolucionarios habían organizado sus ciudades en enclaves territoriales que desarrollaron principios de autogobierno local. El levantamiento de París tomó su nombre de esta tradición de gobiernos populares. En cada *arrondissement* (distrito) de París, la Comuna creó un Comité de Vigilancia, que enviaba cuatro de sus integrantes al Comité Central. Quienes representaron a París procedían de la clase trabajadora, especialmente de los diversos movimientos revolucionarios de las décadas anteriores a 1871. Este Comité Central exigía que los funcionarios municipales fueran elegidos, que la policía estuviera bajo el control de los órganos elegidos, que el poder judicial fuera elegido, que la prensa y las reuniones públicas fueran libres y que los civiles estuvieran armados para defender la ciudad (Rougerie; 2004, 2014).

La Comuna comenzó como un gesto patriótico, una forma para defender París del ejército prusiano; pero rápidamente asumió un carácter más democrático y radical como consecuencia del estado de ánimo del pueblo y de la influencia de grupos revolucionarios. Prosper-Olivier Lissagaray, quien escribió un relato detallado de la Comuna, de la que fue parte, anotó que quienes ascendieron a altos cargos eran «desconocidos», lo que le permitió ser «universal, no sectaria y por tanto poderosa». El 19 de marzo, un día después de que comenzara la revolución de la Comuna, Lissagaray (2021) escribió:

La bandera roja ondea en la Alcaldía, y con las brumas de la mañana temprano se han evaporado el ejército, el gobierno, la administración. Desde las profundidades de la Bastilla, desde la oscura calle Basfroi, el Comité Central se eleva a la cima de París ante el resplandor del mundo.¹

El 27 de marzo, el Comité Central celebró elecciones a los distintos órganos de la Comuna. Al día siguiente, escribe Lissagaray (1876), las personas elegidas asumieron sus cargos.

Doscientos mil de estos «miserables» acudieron a la Alcaldía a instalar a sus representantes elegidos. Los batallones a redoble de tambor, la bandera ondeante con el gorro frigio y la banda roja en el fusil; secundados por la infantería de línea, artilleros y marinos fieles a París, bajaron por las calles hasta la Place de la Grève como afluentes de un mismo río.

Los funcionarios elegidos para diversos órganos locales se adelantaron con pañuelos rojos sobre sus hombros. Tenían condiciones precisas, entre ellas que podían ser removidos libre e inmediatamente si no trabajaban de acuerdo con la

¹ La mayoría de las citas no atribuidas de este texto están tomadas de Lissagaray (2021), un libro crucial.

voluntad del pueblo. Gabriel Ranvier, un pintor de porcelana y funcionario electo de la Comuna dijo que «en nombre del pueblo se proclama la Comuna». «¡Viva la Comuna!», gritó la gente. «Los gorros colgados de las bayonetas, las banderas ondeando», recuerda Lissagaray. «Todos los corazones saltaron de gozo, todos los ojos llenos de lágrimas». Los agentes de la contrarrevolución se apresuraron a contarles a sus jefes en Versalles: «Fue realmente todo París que participó en la manifestación».

El carácter proletario de la Comuna

Los decretos de la Comuna de París muestran claramente el carácter obrero de su administración: las fábricas abandonadas serían ocupadas y administradas por la clase trabajadora, a quien se le suprimieron las multas; se prohibió el trabajo nocturno en las panaderías y las propiedades de la iglesia se destinaron a uso social. Las casas de empeño, que habían funcionado como una suerte de seguridad para la clase trabajadora, fueron transformadas. Los comuneros escribieron:

Se entiende bien que la eliminación de las casas de empeño debe ser seguida por una organización social que ofrezca serias garantías de apoyo a los trabajadores despedidos. El establecimiento de la Comuna necesita de instituciones que protejan a los trabajadores de la explotación del capital.

La actitud de la Comuna era que la clase trabajadora, incluido el campesinado pobre, debía ser incorporada en la nueva sociedad, aun quienes habían luchado contra la Comuna. El jefe de la Oficina de Seguridad Pública anunció que «la Comuna ha enviado pan a 92 mujeres de los que nos matan. Porque las viudas no tienen ninguna bandera, pero la

República si tiene pan para todas las miserias y besos para los pupilos». Madame André Léo, de la Asociación Internacional de Trabajadores, escribió en su manifiesto para las zonas rurales:

Hermano, estás siendo engañado, nuestros intereses son los mismos. Lo que pido, tú también lo deseas. La *affranchissement* [liberación] que exijo es la tuya. Lo que París quiere, al fin y al cabo, es la tierra para el campesinado, las herramientas para los obreros.

En un discurso pronunciado ante la Asociación Internacional de Trabajadores dos días después de la caída de la Comuna (y recogido en este texto), Carlos Marx dijo: «Era esencialmente un gobierno de la clase trabajadora, el producto de la lucha de los productores contra la clase apropiadora, la forma política por fin descubierta bajo la cual llevar a cabo la emancipación económica del trabajo».

Los funcionarios de los distintos departamentos se dieron cuenta de que el imperio los dirigía de forma ineficaz y se propusieron hacerlos productivos. Zéphyrin Camélinat, un broncero, puso en orden el Mint, la Casa de la Moneda; mientras que Albert Theisz, un grabador, arregló el caos de los correos (Camélinat sería el candidato a presidente del Partido Comunista de Francia en 1924). Hubo otros nombres que pusieron sus manos callosas para arreglar el desorden dejado por la burguesía, entre ellos, Jean-Baptiste Treilhard en el Departamento de Asistencia Pública, Jules Fontaine en la Oficina de Correos, Marius Faillet y Amédée Combault en el Departamento de Impuestos, Louis-Guillaume Debock en la Imprenta Nacional. Elisée Reclus y Benjamin Gastineau reorganizaron la Biblioteca Nacional para que fuera utilizada por el pueblo, mientras que Gustave Courbet, que dirigía la Federación de Artistas,

abrió los museos para el disfrute popular. Su trabajo, en tan solo unos pocos meses, mostró la eficacia de la gobernanza proletaria, la capacidad de personas con tierra bajo las uñas para dirigir departamentos en el interés de toda la sociedad y no solo de una minoría.

Límites de la Comuna

La dirección de la Comuna provenía de diversos orígenes políticos. Habían seguidores de Louise Auguste Blanqui, de Pierre-Joseph Proudhon y de Louise Michel, escasos eran quienes seguían a Marx y participaban de la Internacional. Desde sus diversos puntos de vista, la Comuna impulsó una serie de reformas, pero le faltó un programa de acción global y claro.

La falta de un programa de este tipo se pone de manifiesto claramente a las puertas del Banco de Francia. «Desde el 19 de marzo», recuerda Lissagaray, «los gobernadores del banco viven como hombres condenados a muerte, esperando cada día la ejecución del tesoro». Cientos de millones de francos reposaban en su tumba, una riqueza tan grande que los banqueros no podían imaginar siquiera moverla a los confines seguros del territorio de la contrarrevolución en Versalles. La presión fue tal que, el 23 de marzo, el gobernador del banco, Gustave Rouland, huyó de París. Dejó las instalaciones en manos de su vice, Alexandre de Plœuc. De Plœuc comprendió los límites de la dirigencia de la Comuna, gran parte de la cual se asombraba por los datos y cifras que repartía. Les dio dinero a cuentagotas y escondió el hecho de que el banco tenía riqueza suficiente para ampliar el trabajo de la Comuna y blindarla contra el fracaso.

Charles Beslay, miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores y el miembro más antiguo del gobierno de la Comuna de París, fue a conversar con de Plœuc, quien le dijo que el banco guardaba la «fortuna de su país» y debía ser tratado como sacrosanto, más valioso que la propiedad de las iglesias que habían sido expropiadas. Beslay se apresuró a regresar con sus camaradas en la alcaldía con esta nota de rendición: «El banco es la fortuna del país; sin él no [hay] más industria, ni comercio. Si lo violan, todos los billetes serán papel mojado». La Comuna no tuvo el valor de ocupar el banco, ponerlo bajo control democrático y utilizar su riqueza para el bien social. Engels escribió después (1891) que «lo más difícil de entender es ciertamente el respeto reverencial con el cual permanecieron parados respetuosamente afuera del Banco de Francia» (Engels, 1891). La principal explicación es que las formas de socialismo utópico que dominaban la Comuna les impedían comprender mejor la necesidad de subordinar las finanzas a la democracia, de trasplantar el corazón palpitante de la burguesía a manos de la clase trabajadora.

Destrozar el Estado

La reverencia por el Banco de Francia vino acompañada de la creencia en las estructuras del Estado francés. El 12 de abril Marx le recordó a Kugelmann lo que dijo en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852), que después de la Revolución de 1789, el siguiente intento por hacer una revolución «ya no será, como antes, transferir la máquina burocrático-militar de unas manos a otras, sino *aplastarla*».

Las rigideces de clase se habían calcificado en las instituciones del Estado, las costumbres de los funcionarios eran tan miserables como los reglamentos de las oficinas.

En setenta y dos días no se podían poner en marcha tales cambios, pero la Comuna ni siquiera lo intentó. Después de su caída, Marx dijo a la Internacional que «la clase trabajadora no puede simplemente apoderarse de la maquinaria estatal tal como está y usarla para sus propios objetivos». Esa maquinaria terminaría siendo el caballo de Troya de la contrarrevolución, advirtió, porque no se doblegará por sí misma a la voluntad del pueblo sin importar las mejores intenciones del nuevo gobierno. En 1891 Engels republicó el discurso de Marx en un panfleto con un prefacio que afinaba este punto:

La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento.

Entonces, Engels concluye con un punto teórico preciso: «En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la República democrática que bajo la monarquía.»

Dos décadas después, en medio de la Revolución de Octubre de 1917, V. I. Lenin releyó el discurso de Marx sobre la Comuna y reflexionó sobre los peligros de la maquinaria estatal heredada. Las viejas instituciones estatales, no solo el sistema parlamentario, escribió Lenin, deben ser destruidas y reemplazadas por nuevas formas de gobernanza proletaria. Durante la revolución de 1905 contra el imperio del zar, las trabajadoras y los trabajadores rusos crearon una forma representativa de gobierno y administración llamada sóviet.

En 1908, reflexionando sobre la Comuna y la Revolución rusa de 1905, Lenin escribió: «La Comuna enseñó al proletariado europeo a plantear en forma concreta las tareas de la revolución socialista.» Una revolución tiene que atacar las aspiraciones inmediatas por democracia y responder a las necesidades humanas (Lenin, 1973b). Los sóviets avanzaron sobre la forma de la Comuna, aunque la propia Comuna había hecho enormes avances. En *El Estado y la revolución* (1917), Lenin reflexiona sobre los procedimientos democráticos de la Comuna:

... al destruir la máquina del Estado, la Comuna la sustituye aparentemente «solo» con una democracia más completa: supresión del ejército permanente y elegibilidad y revocabilidad plenas de todos los funcionarios. Pero, en realidad, este «solo» representa una sustitución gigantesca de unas instituciones con otras de tipo distinto por principio. Nos hallamos precisamente ante un caso de «transformación de la cantidad en calidad»: la democracia, hecha realidad del modo más completo y consecuente que pueda imaginarse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial de represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.

Reflexionando con Kugelman sobre la Comuna, Marx escribió «¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo!», pero estaba equivocado. Las luchas de la clase trabajadora contra el capitalismo están repletas de ejemplos de intentos heroicos y creativos para superar el gobierno represivo y establecer nuevas formas democráticas. A finales del siglo XVIII, la clase trabajadora en las plantaciones capitalistas de Haití se rebeló y se liberó a sí misma del colonialismo francés. Intentó crear nuevas formas de gobernanza, algunas de ellas siguiendo el modelo de los cimarrones, las personas esclavizadas que huyeron y estable-

cieron sus propias comunidades igualitarias. Estas experiencias enriquecen nuestra comprensión de la tendencia a la organización democrática en medio de las revueltas proletarias. Hay una línea recta de experimentación desde Haití (1804) hasta la Comuna de Shanghái (1927). Todos ellos son ejemplos que deben ser estudiados con detenimiento para tener más claras las limitaciones de la dinámica de las revoluciones proletarias y estudiar cómo construir mejor la democracia proletaria.

Revolución detenida

Cuando las trabajadoras y los trabajadores tomaron París, no se apropiaron de su banco. Tampoco juntaron sus considerables fuerzas para marchar sobre Versalles y forzar la rendición del gobierno de la burguesía. Al haber permitido que el gobierno de Adolphe Thiers siguiera al mando, la Comuna de París puso en marcha su propia destrucción. Esto enfureció a Marx a mediados de abril, a solo unas pocas semanas del comienzo de la Comuna. Escribió a Kugelman:

Si son vencidos, la culpa será, exclusivamente, de su «buen corazón». Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles, en cuanto Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París. Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión. No querían *iniciar la guerra civil*, ¡como si el vivaracho aborto de Thiers no la hubiese comenzado ya cuando intentó desarmar a París!

La inacción de la Comuna permitió a Thiers llevar al gobierno reaccionario y a las fuerzas armadas a Versalles. Las y los comuneros no debieron permitir que las tropas de Versalles salieran de París. Si las hubieran retenido en la

ciudad, es posible que la mayoría de los soldados hubieran sido ganados para la Comuna. Pero esto no sucedió.

Otros revolucionarios aprendieron esta lección. Después de la Revolución de Octubre, los jóvenes sóviets establecieron el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos para defender su toma de poder contra las viejas clases reaccionarias y los ejércitos imperialistas. Estaba claro que, a menos que las fuerzas revolucionarias fragmentaran a su oposición y construyeran su fuerza, la revolución sería destruida. Esta fue una lección clave aprendida de las ruinas de la Comuna de París.

Thiers y su gobierno reaccionario negociaron con los prusianos para recuperar a los soldados franceses capturados, formar su ejército y asaltar París. Las y los comuneros construyeron barricadas y se prepararon para el eventual ataque. Cuando llegó, entre el 22 y el 28 de mayo, no pudieron sostener la ciudad. Cada calle se convirtió en un campo de batalla, pero, con cada batalla, las fuerzas de la Comuna tuvieron que retroceder más y más. El ejército de la burguesía fue brutal, matando a las y a los comuneros donde estaban, llenando las calles de sangre. Lissagaray escribió que el ejército de Versalles «se transformó a sí mismo en un vasto pelotón de verdugos». En Montmartre, el batallón de mujeres comuneras sostuvo su posición durante horas. Las tropas del general Justin Clinchant las arrollaron y el líder comunero de la zona fue llevado delante de las tropas de Versalles. «¿Quién eres tú?», preguntó el oficial al mando. La respuesta fue «Lévêque, albañil, miembro del Comité Central». El oficial al mando resopló: «Un albañil que quiere gobernar Francia». Ese era el nivel de desprecio de la burguesía. Lévêque recibió un disparo en la cara.



El ejército condujo a las y a los comuneros al cementerio Père Lachaise, donde les puso en fila y los fusiló. El general Gaston Alexandre Auguste, marqués de Galliffet, lideraba las tropas. Posteriormente sería destinado a Argelia, donde llevaría las brutales prácticas ejecutadas contra la Comuna en la búsqueda de Francia por construir su proyecto imperial francés al norte de África.. En el cementerio, el «Muro de los Comuneros» aparece casi manchado con su sangre, los agujeros de bala son todavía visibles ciento cincuenta años después de la masacre. En una semana, las fuerzas de Versalles asesinaron a 40 000 habitantes de París. «Enterrar a un número tan grande de cadáveres pronto se volvió muy difícil», escribió Lissagaray, y «fueron quemados en las casamatas tras esparcir sustancias explosivas por el suelo e improvisar hornos crematorios, pero el proceso no culminó con éxito y los cuerpos quedaron reducidos a una especie de papilla». En Buttes Chaumont, al aire libre, se quemaron los cuerpos bañados en petróleo y apilados en enormes montones.

Adolphe Thiers inspeccionó las calles empapadas de sangre y declaró: «El suelo de París está sembrado de sus cadáveres, el espantoso espectáculo les servirá de lección». Eso fue el 25 de mayo. Tres días después, el 28 de mayo, la Comuna cayó.

Cada derrota es educación para la clase trabajadora

La Comuna duró solo dos meses. Sobre los cuerpos de las comuneras y de los comuneros, la burguesía de Francia construyó una enorme catedral, Sacre Coeur [Sagrado Corazón], según la Iglesia católica, para «expiar los crímenes de la Comuna de París». Hoy en día no se menciona la grotesca historia que yace bajo este enorme edificio que mira

a París. La visión de la burguesía sobre la Comuna trata al levantamiento como un pecado y culpa a quienes defendieron la Comuna por su propia muerte. Pero la revuelta no se liquidó a sí misma, sino que fue asesinada por una burguesía vengativa que arrancó de las manos de la clase trabajadora la soberanía duramente ganada para su orden y propio beneficio. Los avances democráticos de la Comuna de París fueron dejados de lado, su memoria borrada bajo la catedral.

En su prefacio a la colección de cartas de Marx a Kugelmann, Lenin (1973b) escribió:

Marx sabía apreciar también que en la historia hay momentos cuando la lucha desesperada de las masas, incluso en defensa de una causa condenada al fracaso, es indispensable con el fin de que estas masas sigan aprendiendo y preparándose para la lucha siguiente.

La lección de la Comuna no fue solo para las trabajadoras y los trabajadores parisinos o para Francia. Fue una lección para la clase trabajadora internacional, para la autoeducación hacia nuestras propias luchas para superar los dilemas de la humanidad y avanzar hacia el socialismo. Reflexionando sobre la Comuna de París en 1911, en el 40º aniversario del levantamiento, Lenin (1973c) escribió: «La causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal».



Referencias bibliográficas

ENGELS, F. (1891). Introducción. En C. Marx, *La guerra civil en Francia*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/intro.htm>

LENIN, V. I. (1973a [1907]). Prefacio a *Cartas a Kugelmann* (Folleto de la Editorial «Oóvaya Duma», de San Petersburgo, 5 de febrero de 1907), en *Obras Escogidas. Vol. III*. Moscú: Editorial Progreso, 1973.

LENIN, V. I. (1973b [1908]). «Enseñanzas de la Comuna» (Gazeta Zagránichnaya, no. 2, 23 de marzo de 1908), en *Obras Escogidas. Vol. III*. Moscú: Editorial Progreso.

LENIN, V. I. (1973c [1911]). «A la memoria de la Comuna» (Gazeta Rabochaya, no. 4-5, 15 de abril de 1911), en *Obras Escogidas. Vol. III*. Moscú: Editorial Progreso, 1973.

LENIN, V. I. (1973d [1917]). *El Estado y la revolución*. En *Obras Escogidas. Vol. VII*. Moscú: Editorial Progreso.

LISSAGARAY, PROSPER-OLIVIER (2021 [1876]). *Historia de la Comuna de París de 1871*. Madrid: Capitán Swing Libros.

MARX, C. (1928 [1901-1902]). *Carta a Ludwig Kugelmann, 12 de abril de 1871*. Publicado por primera vez en forma abreviada en la revista *Die Neue Zeit*, Bd. 1, núm. 23, 1901-1902; en forma completa, en ruso, en el libro *Cartas de Marx a Kugelmann* (1928). Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m12-4-71.htm>

MARX, C. (1981a [1848-1850]). *La guerra civil en Francia*. En C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos, Vol. II*. Moscú: Editorial Progreso.



MARX, C. (1981b [1851-1852]). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. En C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos, Vol. I*. Moscú: Editorial Progreso.

ROUGERIE, J. (2004). *Paris libre 1871*, París: Editions du Seuil.

ROUGERIE, J. (2014). *La Commune de 1871*, París: Presses universitaires de France.





പഴമതൻ വിലങ്ങു പുട്ടിയിടുകയില്പ നമ്മളെ



അടിമകൾ നുകം വലിച്ചെറിഞ്ഞുയർത്തെണീക്കുവിൻ,



പുതിയതാം തറയ്ക്കു മീതെയുലകമിനിയുയർന്നിടും.



ഇന്നലെവരെയൊന്നുമല്പ നമ്മൾ, ഇന്നു തൊട്ടു നമ്മളാകുമെല്പാം.



Agrupémonos todos, en la lucha final,



y se alcen los pueblos,



por la Internacional.

Una flor brillante

Tings Chak

El 16 de mayo de 1871, la Columna Vendôme, el monumento al imperialismo de la época de Napoleón, se vino abajo. En su lugar, la Comuna rebautizó a la plaza como *Place Internationale*.

Casi dos décadas antes, Marx escribió en su premonitorio *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852): «Pero cuando el manto imperial caiga finalmente sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se derrumbará desde lo alto de la Columna Vendôme.» Y así fue.

Entre los líderes por detrás de su colapso estaba el pintor socialista y comunero Gustave Courbet (1819-1877), conocido por crear obras que mostraban el sudor del campesinado por encima de los lujos de la vida burguesa. La vida y la obra de Courbet estuvieron marcadas por dos eventos históricos: la Revolución francesa de 1848, en que la clase trabajadora surgió como fuerza por derecho propio, y la Comuna de París de 1871. Durante la Comuna —el «bello sueño», como Courbet la llamó—, fue elegido presidente fundador de la Federación de Artistas y ministro de Cultura del Estado comunal. Por su acto antiimperialista fue

encarcelado por seis meses y estuvo endeudado con multas hasta su muerte.

Durante la vida de la Comuna, la Federación elaboró y debatió propuestas sobre educación y estética, métodos de organización y el derrocamiento de lo viejo para erigir nuevos monumentos. Sabían profundamente que la batalla proletaria era también acerca de la cultura y sus fundamentos ideológicos e institucionales y que el gremio de artistas debía reimaginarse como militante en el proceso revolucionario.

Escuchen: déjenos sus cañones Krupp, los fundiremos junto con los nuestros», escribió Courbet al ejército y los artistas alemanes meses antes del levantamiento en París.

El último cañón, con su boca cubierta con un gorro frigio, plantado en un pedestal que se apoye sobre tres balas de cañón; ese monumento colosal que erigiremos juntos en la Plaza Vendôme será nuestra columna, para ustedes y para nosotros, la columna del pueblo.

Los símbolos de lo antiguo debían ser reemplazados por lo nuevo, «la inauguración de la riqueza comunal» para las trabajadoras y los trabajadores del mundo.

Cuarenta y siete pintores, escultores, arquitectos, grabadores y artistas decorativos se reunieron para declarar su misión, preservar los tesoros del pasado e iluminar las necesidades del presente con el objetivo de regenerar el futuro a través de la educación, los monumentos y los museos. Entre los fundadores de la Federación de Artistas estaba el poeta Eugène Pottier, quien ante la sangrienta masacre que terminó —el 28 de mayo de 1871— los setenta y dos días del Estado proletario, escribió un poema. Sus palabras se convertirían en uno de los himnos más cantados por las

personas oprimidas en todo el mundo: *L'Internationale*. En las páginas de este libro encontrarán sus versos en algunos de los innumerables idiomas en los que se ha cantado esta canción para darle ánimo a nuestras luchas en los años posteriores. Juntos, completan la canción en su totalidad, permaneciendo fieles a su intención internacionalista.

Medio siglo después de aquella sangrienta masacre, 10 000 trabajadores y trabajadoras, campesinas y campesinos chinos se reunieron en la provincia sureña de Guangdong en el 55º aniversario de la Comuna de París. Inspirados por ella, la alianza campesina, militar y obrera llevó a varios alzamientos en 1927, marcando un punto de inflexión en el proceso revolucionario del país. En el acto de conmemoración, a pesar de la lluvia cantaron *L'Internationale* y corearon *¡Vive la Commune de París!* En lugar de enfocarse en la derrota de la Comuna, Mao Zedong la conmemoró: si la Comuna de París fue una «flor brillante», dijo, entonces la Revolución de Octubre fue el «fruto feliz». Escribió esto solo veintitrés años antes de llevar a su pueblo y a su país a la revolución.

En las páginas de este libro encontrará algunos materiales culturales que apuntan hacia ese legado nuestro a través de palabras, imágenes y canciones. De las ruinas de pasados imperios recordamos nuestra «flor brillante», de la que pueden nacer, han nacido y nacerán muchos frutos. Después de todo, como Brecht escribió en *La resolución de los comuneros*, «hemos acordado bajo nuestra dirección hacer nuestra vida feliz desde este momento», con el arte popular como monumento de lucha para dar paso a ese futuro.





தொன்றுதொட்டு மழைத்தொழி லாளிகள் விவசாயிகள்



தோழராயினோம் உழைபோர் யாவரேனும் ஓர்குலம்



உண்டு நம் உழைப்பிலே உயர்ந்தவர்க்குச் சொல்லுவோம்



உழைப்பவர்கள் யாவருக்கும் சொந்தமிந்த உலகெளாம்



So comrades, come rally



And the last fight let us face



The Internationale unites the human race.

La guerra civil en Francia¹

Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores²

Carlos Marx

A todos los miembros de la Asociación en Europa y en Estados Unidos

I

El 4 de septiembre de 1870, cuando los obreros de París proclamaron la república, casi instantáneamente aclamada de un extremo a otro de Francia sin una sola voz disidente,

¹ [N. de E.] El texto que presentamos en esta edición está tomado del sitio web *Marxists Internet Archive* (Marxists.org), aunque se realizaron algunos cambios. Entre los más relevantes, incorporamos algunas partes que se hallaban incompletas y realizamos una corrección de estilo para acercarlo al idioma que se habla en los países de América Latina y el Caribe. Por último, realizamos una selección de las notas al pie presentes en el sitio, incluyendo solo una parte de su contenido, con el objetivo de simplificar y priorizar la información más destacada. La versión base está disponible en www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/guer.htm. A excepción de las numeradas como 1, 3, 10 y 49 —que se identifican expresamente—, las notas que incluimos aquí las tomamos de www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/notas.htm#en38. El contenido del texto fue contrastado con otras ediciones, entre las que destacamos especialmente la publicada al cuidado de Pedro Álvarez Tabío por la Editorial de Ciencias Sociales (Cuba): Marx, C. (1973). *La guerra civil en Francia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Instituto Cubano del Libro.

² *La Guerra Civil en Francia* fue escrita como Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores para todos sus miembros en Europa y Estados Unidos. Tan pronto como fue proclamada la Comuna de París, Marx empezó a coleccionar y estudiar meticulosamente los materiales que pudieran conseguirse de fuentes tales como los periódicos franceses, ingleses y alemanes, y en cartas llegadas de París. En una reunión del Consejo General celebrada el 18 de abril de 1871, Marx propuso que el Consejo emitiera un manifiesto dirigido a todos los miembros de la Internacional sobre «la tendencia general de la lucha» en Francia. El Consejo encargó a Marx redactar el manifiesto. El 30 de mayo de 1871, dos días después de que la última barricada callejera levantada en París cayera en las manos de las tropas de Versalles, el Consejo aprobó por unanimidad el texto final del Manifiesto redactado por Marx. *La Guerra Civil en Francia*, que originalmente fue escrito en inglés, fue editado por primera vez en Londres aproximadamente el 13 de junio de 1871.



una cuadrilla de abogados arribistas, con Thiers como estadista y Trochu como general, se posesionaron del Hôtel de Ville. Por aquel entonces estaban imbuidos de una fe tan fanática en la misión de París para representar a Francia en todas las épocas de crisis históricas que, para legitimar sus títulos usurpados de gobernantes de Francia, consideraron suficiente exhibir sus credenciales vencidas de diputados por París. En nuestro segundo manifiesto sobre la pasada guerra, cinco días después del encumbramiento de estos hombres, les dijimos ya quiénes eran. Sin embargo, en la confusión provocada por la sorpresa, con los verdaderos jefes de la clase obrera encerrados todavía en las prisiones bonapartistas y los prusianos avanzando a toda marcha sobre París, la capital toleró que asumieran el poder bajo la expresa condición de que su solo objetivo sería la defensa nacional. Ahora bien, París no podía ser defendido sin armar a su clase obrera, organizándola como una fuerza efectiva y adiestrando a sus hombres en la guerra misma. Pero París en armas era la revolución en armas. El triunfo de París sobre el agresor prusiano habría sido el triunfo del obrero francés sobre el capitalista francés y sus parásitos dentro del Estado. En este conflicto entre el deber nacional y el interés de clase, el gobierno de defensa nacional no vaciló un instante en convertirse en un gobierno de traición nacional.

Su primer paso consistió en enviar a Thiers a deambular por todas las cortes de Europa para implorar su mediación, ofreciendo el trueque de la república por un rey. A los cuatro meses de comenzar el asedio de la capital, cuando se creyó llegado el momento oportuno para empezar a hablar de capitulación, Trochu, en presencia de Jules Favre y de otros colegas de ministerio, habló en los siguientes términos a los alcaldes de París reunidos:



La primera cuestión que mis colegas me plantearon, la misma noche del 4 de septiembre, fue esta: ¿Puede París resistir con alguna probabilidad de éxito un asedio de las tropas prusianas? No vacilé en contestar negativamente. Algunos de mis colegas, aquí presentes, ratificarán la verdad de mis palabras y la persistencia de mi opinión. Les dije —en estos mismos términos— que, con el actual estado de cosas, el intento de París de afrontar un asedio del ejército prusiano, sería una locura. Una locura heroica —añadía—, sin duda alguna; pero nada más... Los hechos [dirigidos por él mismo] no han dado un mentís a mis previsiones.

Este precioso y breve discurso de Trochu fue publicado más tarde por M. Corbon, uno de los alcaldes allí presentes.

Así, pues, la misma noche en que fue proclamada la república, los colegas de Trochu sabían ya que su «plan» era la capitulación de París. Si la defensa nacional hubiera sido algo más que un pretexto para el gobierno personal de Thiers, Favre y Cía., los advenedizos del 4 de septiembre habrían abdicado el 5, habrían puesto al corriente al pueblo de París sobre el «plan» de Trochu y le habrían invitado a rendirse sin más o a tomar su destino en sus propias manos. En vez de hacerlo así, esos infames impostores optaron por curar la locura heroica de París con un tratamiento de hambre y de cabezas rotas, y por engañarle mientras tanto con manifiestos grandilocuentes, en los que se decía, por ejemplo, que Trochu, «el gobernador de París, jamás capitulará» y que Jules Favre, ministro de Asuntos Exteriores, «no cederá ni una pulgada de nuestro territorio ni una piedra de nuestras fortalezas». En una carta a Gambetta, este mismo Jules Favre confesó que contra lo que ellos se «defendían» no era contra los soldados prusianos, sino contra los obreros de París. Durante todo el sitio, los matones bonapartistas a quienes Trochu, muy previsoramente, había confiado el



mando del ejército de París, no cesaban de hacer chistes desvergonzados, en sus cartas íntimas, sobre la bien conocida burla de la defensa (véase, por ejemplo, la correspondencia de Alphonse Simon Guiod, comandante en jefe de la artillería del ejército de París y Gran Cruz de la Legión de Honor, con Susane³, general de división de artillería, correspondencia publicada en el *Journal Officiel* de la Comuna)⁴. Por fin, el 28 de enero de 1871⁵, los impostores se quitaron la careta. Con el verdadero heroísmo de la máxima abyección, el gobierno de defensa nacional, al capitular, se convirtió en el gobierno de Francia integrado por prisioneros de Bismarck, papel tan bajo que el propio Luis Bonaparte, en Sedán, se arredró ante él. Después de los acontecimientos del 18 de marzo, en su precipitada huída a Versalles, los *capitulards* [capituladores]⁶ dejaron en las manos de París las pruebas documentales de su traición, para destruir las cuales, como dice la Comuna en su proclama a las provincias, «esos hombres no vacilarían en convertir a París en un montón de escombros bañado por un mar de sangre».

Además, algunos de los dirigentes del gobierno de defensa tenían razones personales especialísimas para buscar ardientemente este desenlace.

³ [N. de E.] En el original en inglés, Marx utiliza el término «Suzanne», aunque diversas fuentes refieren que la grafía correcta para este apellido es «Susane».

⁴ La correspondencia de Alphonse Simon Guiod con Louis Susane apareció en el *Journal Officiel*, N.º 115, el 25 de abril de 1871. *Journal Officiel* es una abreviación de *Journal officiel de la République française*, órgano oficial de la Comuna de París. Apareció del 20 de marzo al 24 de mayo de 1871. El periódico adoptó el nombre de boletín oficial de la república Francesa, nombre con el que salió en París a partir del 5 de septiembre de 1870. Durante el período de la Comuna, el órgano del gobierno de Thiers en Versalles se publicó bajo el mismo nombre. Solo el número del 30 de marzo apareció con el nombre de *Journal officiel de la Commune de Paris*.

⁵ El 28 de enero de 1871 Bismarck y Jules Favre, como representante del gobierno de Defensa Nacional, firmaron el «Acuerdo de Armisticio y de Capitulación de París».

⁶ Los *capitulards*, nombre despectivo con el que se calificaba a aquellos que abogaban por la capitulación de París durante el asedio (1870-1871). Luego, este término se hizo extensivo en Francia a todos los capitulacionistas.

Poco tiempo después de sellado el armisticio, M. Millière, uno de los diputados por París a la Asamblea Nacional, fusilado más tarde por orden expresa de Jules Favre, publicó una serie de documentos judiciales auténticos demostrando que Favre, que vivía en concubinato con la mujer de un borracho residente en Argel, había logrado, por medio de las más descaradas falsificaciones cometidas a lo largo de muchos años, atrapar en nombre de los hijos de su adulterio una cuantiosa herencia, con la que se hizo rico; y que en un pleito entablado por los legítimos herederos, solo pudo conseguir salvarse del escándalo gracias a la connivencia de los tribunales bonapartistas. Como estos escuetos documentos judiciales no podían descartarse fácilmente, por mucha energía retórica que se desplegara, Jules Favre, por primera vez en su vida, contuvo la lengua y aguardó en silencio a que estallase la guerra civil, para entonces denunciar frenéticamente al pueblo de París como a una banda de criminales evadidos y amotinados abiertamente contra la familia, la religión, el orden y la propiedad. Y este mismo falsario, inmediatamente después del 4 de septiembre, apenas llegado al poder, puso en libertad, por simpatía, a Pic y Taillefer, condenados por estafa bajo el propio imperio, en el escandaloso asunto del periódico *Etendard*⁷. Uno de estos caballeros, Taillefer, que tuvo la osadía de volver a París durante la Comuna, fue reintegrado inmediatamente a la prisión. Y entonces Jules Favre, desde la tribuna de la Asamblea Nacional, exclamó que París estaba poniendo en libertad a todos los presidiarios.

Ernesto Picard, el Joe Miller del gobierno de defensa nacional, que se nombró a sí mismo ministro de Hacienda de la república después de haberse esforzado en vano por

⁷ *L'Etendard*, periódico bonapartista francés, publicado en París de 1866 a 1868. Tuvo que suspender su publicación como consecuencia de una denuncia de los fraudulentos medios utilizados por el periódico para obtener apoyo financiero.

ser ministro del Interior del imperio, es hermano de un tal Arturo Picard, individuo expulsado de la *Bourse* [Bolsa] de París por tramposo (véase el informe de la Prefectura de Policía del 31 de julio de 1867) y convicto y confeso de un robo de 300 000 francos, cometido cuando era gerente de una de las sucursales de la *Société Générale*⁸, rue Palestro número 5 (véase el informe de la Prefectura de Policía del 11 de diciembre de 1868). Este Arturo Picard fue nombrado por Ernesto Picard redactor jefe de su periódico *l'Electeur libre*⁹. Mientras los especuladores vulgares eran despidados por las mentiras oficiales de esta hoja financiera ministerial, Arturo Picard andaba en un constante ir y venir del ministerio de Hacienda a la *Bourse*, para negociar en esta con los desastres del ejército francés. Toda la correspondencia financiera cruzada entre este par de nunca bien ponderados hermanitos cayó en manos de la Comuna.

Jules Ferry, quien antes del 4 de septiembre era un abogado sin pleitos, consiguió, como alcalde de París durante el sitio, hacer una fortuna amasada a costa del hambre colectiva. El día en que tenga que dar cuenta de sus malversaciones será también el día de su sentencia.

Como se ve, estos hombres solo podían encontrar *tickets-of-leave*¹⁰ entre las ruinas de París. Hombres así eran precisamente los que Bismarck necesitaba. Hubo un barajar de naipes y Thiers, hasta entonces inspirador secreto del

⁸ Se refiere a la *Société Générale du Crédit Mobilier*, gran banco francés de accionistas fundado en 1852. Su fuente principal de ingresos provenía de la especulación con los seguros de las sociedades anónimas que él mismo había establecido. El banco tenía estrechas relaciones con el gobierno del Segundo Imperio. Entró en bancarota en 1867 y se cerró en 1871.

⁹ *L'Electeur Libre*, órgano de los republicanos del ala derecha. Al comienzo fue semanario y se convirtió en diario luego del estallido de la Guerra Franco-prusiana. Se publicó en París de 1868 a 1871. En 1870 y 1871 tuvo estrechos vínculos con la Oficina Financiera del denominado «gobierno de defensa nacional».

¹⁰ En Inglaterra, suele darse a los delincuentes comunes, después de cumplir la mayor parte de su condena, unas licencias con las que se les pone en libertad y bajo la vigilancia de la policía. Estas licencias se llaman *ticket-of-leave*, y a sus portadores se les conoce con el nombre de *ticket-of-leave-men* (Nota a la edición alemana de 1871).



gobierno, apareció ahora como su presidente, teniendo por ministros a *ticket-of-leave men*.

Thiers, ese enano monstruoso, tuvo fascinada durante casi medio siglo a la burguesía francesa por ser él la expresión intelectual más acabada de su propia corrupción como clase. Ya antes de hacerse estadista había revelado su talento para la mentira como historiador. La crónica de su vida pública es la historia de las desdichas de Francia. Unido a los republicanos hasta 1830, cazó una cartera bajo Luis Felipe, traicionando a Laffitte, su protector. Se congració con el rey a fuerza de atizar motines del populacho contra el clero —durante los cuales fueron saqueados la iglesia de Saint Germain l'Auxerrois y el palacio del arzobispo— y actuando de espía ministerial y luego de partero carcelario de la duquesa de Berry¹¹. La matanza de republicanos en la *rue Transnonain* y las leyes infames de septiembre contra la prensa y el derecho de asociación que le siguieron, fueron obra suya¹². Al reaparecer como jefe del gobierno en marzo de 1840, asombró a Francia con su plan de fortificar a París. A los republicanos, que denunciaron este plan como un complot siniestro contra la libertad de París, les replicó desde la tribuna de la Cámara de Diputados:

¡Cómo! ¿Suponen que puede haber fortificaciones que sean una amenaza contra la libertad? En primer lugar, es calumniar

¹¹ Referencia a las acciones contra los legitimistas [N.de E.: partidarios de la monarquía borbónica] y la iglesia que ocurrieron en París el 14 y 15 de febrero de 1831 y que hallaron respuesta en las provincias. Para protestar contra la manifestación de los legitimistas en el funeral del duque de Berry, las masas destruyeron la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois y el palacio del Arzobispo Quélen, quien era conocido como simpatizante de los legitimistas. Como el gobierno orleanista intentaba golpear a los legitimistas hostiles, no tomó ninguna medida para refrenar a las masas. Thiers, entonces ministro del Interior, que estaba presente cuando fueron destruidos la iglesia y el palacio del Arzobispo, persuadió a la Guardia Nacional de que no interviniera. Thiers ordenó en 1832 el arresto de la duquesa de Berry, madre del conde de Chambord, pretendiente legitimista al trono, la puso bajo estricta vigilancia y la hizo someter a un humillante examen físico a fin de hacer público el matrimonio que había contraído en secreto, y comprometerla así políticamente.

¹² Marx se refiere al infame papel desempeñado por Thiers al reprimir el levantamiento del 13 y 14 de abril de 1834 contra el gobierno de la Monarquía de Julio.



a cualquier gobierno, sea el que fuere, creyendo que puede tratar algún día de mantenerse en el poder bombardeando la capital... Semejante gobierno sería, después de su victoria, cien veces más imposible que antes.

En realidad, ningún gobierno se habría animado a bombardear París desde los fuertes, más que el gobierno que antes había entregado estos mismos fuertes a los prusianos.

Cuando el rey Bomba¹³, en enero de 1848, probó sus fuerzas contra Palermo, Thiers, que entonces llevaba largo tiempo sin cartera, volvió a levantarse en la Cámara de Diputados:

Todos ustedes saben, señores diputados, lo que está pasando en Palermo. Todos ustedes se estremecen de horror [en el sentido parlamentario de la palabra] al oír que una gran ciudad ha sido bombardeada durante cuarenta y ocho horas. ¿Y por quién? ¿Acaso por un enemigo exterior que pone en práctica los derechos de la guerra? No, señores diputados, por su propio gobierno. ¿Y por qué? Porque esta ciudad infortunada exigía sus derechos. Y por exigir sus derechos, ha sufrido cuarenta y ocho horas de bombardeo... Permítanme apelar a la opinión pública de Europa. Levantarse aquí y hacer resonar, desde la que tal vez es la tribuna más alta de Europa, algunas palabras [sí, cierto, palabras] de indignación contra actos tales, es prestar un servicio a la humanidad... Cuando el regente Espartero, que había prestado servicios a su país [lo que nunca hizo el señor Thiers], intentó bombardear Barcelona para sofocar su insurrección, de todas partes del mundo se levantó un clamor general de indignación.

Dieciocho meses más tarde, el señor Thiers se contaba entre los más furibundos defensores del bombardeo de Roma

¹³ En enero de 1848 el ejército de Fernando II, rey de Nápoles, bombardeó la ciudad de Palermo en un intento por aplastar allí el levantamiento popular. Este levantamiento fue una señal para la revolución burguesa en los Estados italianos entre 1848 y 1849. En el otoño de 1848, Fernando II bombardeó de nuevo indiscriminadamente a Messina, y así se ganó el apodo de rey Bomba.

por un ejército francés¹⁴. La falta del rey Bomba debió consistir, por lo visto, en no haber hecho durar el bombardeo más que cuarenta y ocho horas.

Pocos días antes de la revolución de Febrero, irritado por el largo destierro de cargos y pitanza a que le había condenado Guizot, y venteando la inminencia de una conmoción popular, Thiers, en aquel estilo pseudoheroico que le ha valido el apodo de *Mirabeau-mouche* (Mirabeau-mosca), declaraba ante el parlamento:

Pertenezco al partido de la revolución, no solo en Francia, sino en Europa. Yo desearía que el gobierno de la revolución permaneciese en las manos de hombres moderados..., pero aun- que el gobierno caiga en manos de espíritus exaltados, incluso en las de los radicales, no por ello abandonaré mi causa. Pertene- ceré siempre al partido de la revolución.

Vino la revolución de Febrero. Pero, en vez de desplazar al ministerio Guizot para poner en su lugar un ministerio Thiers, como este hombrecillo había soñado, la revolución sustituyó a Luis Felipe con la república. En el primer día del triunfo popular se mantuvo cuidadosamente oculto, sin darse cuenta de que el desprecio de los obreros le resguardaba de su odio. Sin embargo, con su proverbial valor, permaneció alejado de la escena pública, hasta que las matanzas de Junio¹⁵ le dejaron el camino expedito para su peculiar actuación. Entonces, Thiers se convirtió en la mente inspiradora

¹⁴ En abril de 1849 el gobierno burgués de Francia, en alianza con Austria y Nápoles, intervino en la república romana a fin de derribarla y restaurar el poder seglar del Papa. A causa de la intervención armada y del asedio de Roma, que fue despiadadamente bombardeada por el ejército francés, la república romana fue derribada a pesar de la heroica resistencia y Roma fue ocupada por el ejército francés.

¹⁵ Se refiere a la cruel represión del levantamiento del proletariado de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848 por parte del gobierno republicano burgués.



del Partido del Orden¹⁶ y de su república parlamentaria, ese interregno anónimo en que todas las fracciones rivales de la clase dominante conspiraban juntas para aplastar al pueblo, y también conspiraban las unas contra las otras en el empeño de restaurar cada cual su propia monarquía. Entonces, como ahora, Thiers denunció a los republicanos como el único obstáculo para la consolidación de la república; entonces, como ahora, habló a la república como el verdugo a Don Carlos: «Tengo que asesinarte, pero es por tu bien». Ahora, como entonces, tendrá que exclamar al día siguiente de su triunfo: *L'Empire est fait* [El imperio está hecho]. Pese a sus prédicas hipócritas sobre las libertades necesarias y a su rencor personal contra Luis Bonaparte, que se había servido de él como instrumento, y había dado una patada al parlamentarismo (fuera de cuya atmósfera artificial nuestro hombrecillo queda, como él sabe muy bien, reducido a la nada), encontramos su mano en todas las infamias del Segundo Imperio: desde la ocupación de Roma por las tropas francesas hasta la guerra con Prusia, que él atizó arremetiendo ferozmente contra la unidad alemana, no por considerarla como un disfraz del despotismo prusiano, sino como una usurpación contra el derecho arrogado por Francia de mantener desunida a Alemania. Aficionado a blandir a la faz de Europa, con sus brazos enanos, la espada de Napoleón I, del que era un limpiabotas histórico, su política exterior culminó siempre en las mayores humillaciones de Francia, desde el Tratado de Londres de 1840¹⁷ hasta la ca-

¹⁶ El Partido del Orden, fundado en 1848, era el partido de la gran burguesía conservadora de Francia, la coalición de las dos facciones monarquistas: los legitimistas y los orleanistas. Este partido desempeñó el papel dirigente en la Asamblea legislativa de la Segunda república desde 1849 hasta el coup d'Etat [golpe de Estado] del 2 de diciembre de 1851. La bancarrota de su política antipopular fue utilizada por la camarilla de Luis Bonaparte para erigir el régimen del Segundo Imperio.

¹⁷ El 15 de julio de 1840, Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria y Turquía suscribieron en Londres, sin la participación de Francia, un tratado de ayuda al Sultán Turco contra el gobernante egipcio Mohammed Ali, al que apoyaba Francia. La firma de este tratado creó un peligro de guerra entre Francia y la coalición de las potencias europeas. Sin embargo, el rey Luis Felipe no se atrevió a emprenderla y en cambio, retiró su ayuda a Mohammed Ali.



pitulación de París en 1871 y la actual guerra civil, en la que lanza contra París, con permiso especial de Bismarck, a los prisioneros de Sedán y Metz¹⁸. A pesar de la versatilidad de su talento y de la variabilidad de sus propósitos, este hombre ha estado toda su vida encadenado a la rutina más fósil. Se comprende que las corrientes subterráneas más profundas de la sociedad moderna permanecieran siempre ocultas para él; pero hasta los cambios más palpables operados en su superficie repugnaban a aquel cerebro, cuya energía había ido a concentrarse toda en la lengua. Por eso, no se cansó nunca de denunciar como un sacrilegio toda desviación del viejo sistema proteccionista francés. Siendo ministro de Luis Felipe, se mofaba de los ferrocarriles como de una loca quimera; y desde la oposición, bajo Luis Bonaparte, estigmatizaba como una profanación todo intento de reformar el podrido sistema militar de Francia. Jamás en su larga carrera política se le halló responsable de una sola medida de carácter práctico por más insignificante que fuera. Thiers solo era consecuente en su codicia de riqueza y en su odio contra los hombres que la producen. Cogió su primera cartera, bajo Luis Felipe, pobre como Job y cuando la dejó era millonario. Su último ministerio, bajo el mismo rey (el 1 de marzo de 1840), le acarreó en la Cámara de Diputados una acusación pública de malversación a la que se limitó a replicar con lágrimas, mercancía que maneja con tanta prodigalidad como Jules Favre u otro cocodrilo cualquiera. En Burdeos, su primera medida para salvar a Francia de la catástrofe financiera

¹⁸ Esforzándose por fortalecer las tropas versallesas para la represión del París revolucionario, Thiers pidió a Bismarck que le permitiera ampliar el número de sus tropas, las cuales, de acuerdo con los términos del tratado preliminar de la paz de Versalles firmado el 26 de febrero de 1871, no debían exceder los 40 000 hombres. El gobierno de Thiers aseguró a Bismarck que las tropas solamente serían utilizadas para reprimir la insurrección de París. Por lo tanto, mediante el acuerdo de Ruán del 28 de marzo de 1871, obtuvo el permiso de aumentar los efectivos de su ejército a 80.000 hombres y luego a 100.000. En virtud de este acuerdo el Cuartel General alemán repatrió rápidamente los prisioneros de guerra franceses, principalmente los que habían sido capturados en Sedán y Metz. Ellos fueron entonces instalados en campos cerrados cerca de Versalles y adoctrinados en el odio a la Comuna de París.



que la amenazaba fue asignarse a sí mismo un sueldo de tres millones al año, primera y última palabra de aquella «república ahorrativa», cuyas perspectivas había pintado a sus electores de París en 1869. El señor Beslay, uno de sus antiguos colegas de la Cámara de Diputados de 1830, que, a pesar de ser un capitalista, fue un miembro abnegado de la Comuna de París, se dirigió últimamente a Thiers en un cartel mural:

La esclavización del trabajo por el capital ha sido siempre la piedra angular de su política y, desde el día en que vio la república del Trabajo instalada en el Hôtel de Ville, usted no ha cesado un momento de gritar a Francia: «¡Esos son unos criminales!».

Maestro en pequeñas granujadas gubernamentales, virtuoso del perjurio y de la traición, ducho en todas esas mezquinas estratagemas, maniobras arteras y bajas perfidias de la guerra parlamentaria de partidos; siempre sin escrúpulos para atizar una revolución cuando no está en el poder y para ahogarla en sangre cuando empuña el timón del gobierno; lleno de prejuicios de clase en lugar de ideas y de vanidad en lugar de corazón; con una vida privada tan infame como odiosa es su vida pública, incluso hoy, en que representa el papel de un Sila francés, no puede por menos de subrayar lo abominable de sus actos con lo ridículo de su jactancia.

La capitulación de París, que se hizo entregando a Prusia no solo París sino toda Francia, vino a cerrar la larga cadena de intrigas traidoras con el enemigo que los usurpadores del 4 de septiembre habían empezado aquel mismo día, según dice el propio Trochu. De otra parte, esta capitulación inició la guerra civil, que ahora tenían que librar con la ayuda de Prusia, contra la república y contra París. Ya en los mismos términos de la capitulación estaba contenida la encerrona.



En aquel momento, más de una tercera parte del territorio estaba en manos del enemigo; la capital se hallaba aislada de las provincias y todas las comunicaciones estaban desorganizadas. En estas circunstancias era imposible elegir una representación auténtica de Francia, a menos que se dispusiera de mucho tiempo para preparar las elecciones. He aquí por qué el pacto de capitulación estipulaba que habría de elegirse una Asamblea Nacional en el término de 8 días; así fue como la noticia de las elecciones que iban a celebrarse no llegó a muchos sitios de Francia hasta la víspera de estas. Además, según una cláusula expresa del pacto de capitulación, esta Asamblea había de elegirse con el único objeto de votar la paz o la guerra, y para concluir en caso de necesidad un tratado de paz. La población no podía dejar de sentir que los términos del armisticio hacían imposible la continuación de la guerra y que, para sancionar la paz impuesta por Bismarck, los peores hombres de Francia eran los mejores. Pero no contento con estas precauciones, Thiers, ya antes de que el secreto del armisticio fuera comunicado a los parisinos, se puso en camino para una gira electoral por las provincias, con el objeto de galvanizar y resucitar el Partido Legitimista¹⁹, que ahora, unido a los orleanistas, habría de ocupar la vacante de los bonapartistas, inaceptables por el momento. Thiers no tenía miedo a los legitimistas. Imposibilitados para gobernar a la moderna Francia y, por tanto, desdeñables como rivales, ¿qué partido podía servir mejor como instrumento de la contrarrevolución que aquel partido cuya actuación, para decirlo con palabras del mismo Thiers (Cámara de Diputados, 5 de enero de 1833), «ha-

¹⁹ El Partido Legitimista era el partido de los sostenedores de la dinastía de los Borbones derribada en 1792. Representaba los intereses de la gran aristocracia terrateniente y del alto clero. Este partido se formó en 1830, luego de que los Borbones fueron derribados por segunda vez. Durante el Segundo Imperio, los legitimistas, incapaces de obtener el menor apoyo del pueblo, se contentaron con adoptar una táctica de expectativa y con publicar algunos folletos críticos. Ellos no se hicieron activos sino en 1871, después de que se unieron a la campaña de las fuerzas contrarrevolucionarias contra la Comuna de París.



bía estado siempre circunscrita a los tres recursos de invasión extranjera, guerra civil y anarquía? Ellos, por su parte, creían firmemente en el advenimiento de su reino milenarista retrospectivo, por tanto tiempo anhelado. Ahí estaban las botas de la invasión extranjera pisoteando a Francia; ahí estaban un imperio caído y un Bonaparte prisionero; y ahí estaban los legitimistas otra vez. Evidentemente, la rueda de la historia había marchado hacia atrás, hasta detenerse en la *Chambre introuvable* de 1816²⁰. En las asambleas de la república de 1848 a 1851, estos elementos habían estado representados por sus cultos y expertos campeones parlamentarios; ahora irrumpían en escena los soldados de filas del partido, todos los *Pourceaugnacs*²¹ de Francia.

En cuanto esta Asamblea de los «rurales»²² se congregó en Burdeos, Thiers expuso con claridad a sus componentes que había que aprobar inmediatamente los preliminares de paz, sin concederles siquiera los honores de un debate parlamentario, única condición bajo la cual Prusia les permitiría iniciar la guerra contra la república y contra París, su baluarte. En realidad, la contrarrevolución no tenía tiempo que perder. El Segundo Imperio había elevado a más del doble la deuda nacional y había sumido a todas las ciudades importantes en deudas municipales gravosísimas. La guerra había aumentado espantosamente las cargas de la nación y había devastado en forma implacable sus recursos. Y para completar la ruina, allí estaba el Shylock prusiano, con su factura por el sustento de medio millón de soldados suyos

²⁰ *Chambre introuvable*, nombre dado a la Cámara de Diputados francesa de 1815 a 1816 que, compuesta de ultrarreaccionarios, fue elegida en el primer período de la restauración.

²¹ *Pourceaugnac*, personaje de una comedia de Molière, que caracteriza a esa pequeña aristocracia terrateniente, estúpida y de estrechez mental.

²² La Asamblea de los «rurales» es el nombre despectivo que se le dio a la Asamblea Nacional Francesa de 1871, la cual se componía en su mayor parte de monarquistas reaccionarios: terratenientes de provincia, funcionarios, rentistas y comerciantes elegidos por los distritos rurales. De los 630 diputados, 430 eran monarquistas.



en suelo francés y con su indemnización de cinco mil millones, más el 5 por ciento de interés por los pagos aplazados²³. ¿Quién iba a pagar esta cuenta? Solo derribando violentamente la república podían los monopolizadores de la riqueza confiar en echar sobre los hombros de los productores de la misma las costas de una guerra que ellos, los monopolizadores, habían desencadenado. Y así, la incalculable ruina de Francia estimulaba a estos patrióticos representantes de la tierra y del capital a empalmar, ante los mismos ojos del invasor y bajo su alta tutela, la guerra exterior con una guerra civil, con una rebelión de los esclavistas.

En el camino de esta conspiración se alzaba un gran obstáculo: París. El desarme de París era la primera condición para el éxito. Por eso, Thiers le conminó a que entregase las armas. París estaba, además, exasperado por las frenéticas manifestaciones antirrepublicanas de la Asamblea «rural» y por las declaraciones equívocas del propio Thiers sobre el estatus legal de la república; por la amenaza de decapitar y descapitalizar a París; por el nombramiento de embajadores orleanistas; por las leyes de Dufaure sobre los pagarés y alquileres vencidos, que suponían la ruina para el comercio y la industria de París²⁴; por el impuesto de dos céntimos creado por Pouyer-Quertier sobre cada ejemplar de todas las publicaciones imaginables; por las sentencias de muerte contra Blanqui y Flourens; por la clausura de los periódicos republicanos; por el traslado de la Asamblea Nacional

²³ Se trata de la exigencia de pago de una indemnización de guerra planteada por Bismarck como una de las cláusulas del tratado preliminar de paz concluido entre Francia y Alemania en Versalles el 26 de febrero de 1871.

²⁴ El 10 de marzo de 1871 la Asamblea Nacional aprobó la *Ley sobre Moratoria del Pago de Obligaciones Crediticias*, por la cual se establecía que las deudas contraídas entre el 13 de agosto y el 12 de noviembre de 1870 debían ser pagadas en un término de siete meses a partir del día en que habían sido adquiridas; en cuanto a las deudas contraídas después del 12 de noviembre su pago no podía ser diferido. Así, la Ley no acordaba en realidad moratoria de pago para la mayor parte de los deudores; esto asestaba un duro golpe a los obreros y a las capas más pobres de la población y hundía en la bancarrota a muchos de los pequeños fabricantes y comerciantes.



a Versalles; por la prórroga del estado de sitio proclamado por Palikao²⁵ y levantado el 4 de septiembre; por el nombramiento de Vinoy, el *décembriseur* [decembrista]²⁶, como gobernador de París; el de Valentin, el gendarme bonapartista, como prefecto de policía y el de d'Aurelle de Paladines, el general jesuita, como comandante en jefe de la Guardia Nacional parisina.

Y ahora vamos a hacer una pregunta al señor Thiers y a los caballeros de la defensa nacional, recaderos suyos. Es sabido que, por mediación del señor Pouyer-Quertier, su ministro de Hacienda, Thiers contrató un empréstito de dos mil millones. Ahora bien, ¿es verdad o no?:

1. Que el negocio se estipuló asegurando una comisión de varios cientos de millones para los bolsillos particulares de Thiers, Jules Favre, Ernesto Picard, Pouyer-Quertier y Jules Simon, y

2. Que no debía hacerse ningún pago hasta después de la «pacificación» de París²⁷.

En todo caso, debía de haber algo muy urgente en el asunto, pues Thiers y Jules Favre pidieron sin el menor pudor, en nombre de la mayoría de la Asamblea de Burdeos, la inmediata ocupación de París por las tropas prusianas. Pero esto no encajaba en el juego de Bismarck, como lo declaró

²⁵ Se refiere a Charles Cousin-Montauban, general francés que estaba al mando de las fuerzas agresoras conjuntas de Francia e Inglaterra que invadieron China en 1860. Napoleón III le otorgó el título de conde de Palikao como premio a su victoria sobre el ejército de la dinastía Ching (1644-1911) en Palichiao, aldea al este de Pekín.

²⁶ *Décembriseur*, nombre que se da a quienes eran partidarios o participaron en el *coup d'Etat* de Luis Bonaparte ocurrido el 2 de diciembre de 1851. Vinoy tomó parte directa en el *coup d'Etat* y reprimió mediante la fuerza armada el levantamiento de los republicanos en una de las provincias.

²⁷ De acuerdo con informes de prensa, Thiers y otros funcionarios del gobierno debían obtener una «comisión» de más de 300 millones de francos sobre el empréstito interno autorizado por el gobierno. Thiers reconoció después que los representantes de los círculos financieros con quienes él había entrado en negociaciones para un préstamo, habían exigido la rápida represión de la revolución en París. La ley que autorizaba el empréstito interno fue aprobada el 20 de junio de 1871, luego de que las tropas de Versalles habían aplastado la Comuna de París.



este, irónicamente y sin tapujos, ante los asombrados filisteos de Francfort a su regreso a Alemania.

II

París armado era el único obstáculo serio que se alzaba en el camino de la conspiración contrarrevolucionaria. Por eso había que desarmarlo. En este punto, la Asamblea de Burdeos era la sinceridad misma. Si los bramidos frenéticos de sus «rurales» no hubiesen sido suficientemente audibles, habría disipado la última sombra de duda la entrega de París por Thiers en las tiernas manos del triunvirato de Vinoy, el *décembriseur*; Valentin, el gendarme bonapartista y d'Aurelle de Paladines, el general jesuita. Pero, al mismo tiempo que exhibían de un modo insultante su verdadero propósito de desarmar a París, los conspiradores le pedían que entregase las armas con un pretexto que era la más evidente, la más descarada de las mentiras. Thiers alegaba que la artillería de la Guardia Nacional de París pertenecía al Estado y debía ser devuelta. La verdad era esta: desde el día mismo de la capitulación, en que los prisioneros de Bismarck firmaron la entrega de Francia, pero reservándose una nutrida guardia de soldados con la intención manifiesta de intimidar a París, este se puso en guardia. La Guardia Nacional se reorganizó y confió su dirección suprema a un Comité Central elegido por todos sus efectivos, con la sola excepción de algunos remanentes de las viejas formaciones bonapartistas. La víspera del día en que entraron los prusianos en París, el Comité Central tomó medidas para trasladar a Montmartre, Belleville y La Villette los cañones y las *mitrailleuses* [ametralladoras] traidoramente abandonados por los *capitulards* en los mismos barrios que los prusianos habían de ocupar o en las inmediaciones de ellos. Estos cañones habían sido



adquiridos por suscripción abierta entre la Guardia Nacional. Se habían reconocido oficialmente como su propiedad privada en el pacto de capitulación del 28 de enero y, precisamente por esto, habían sido exceptuados de la entrega general de armas del gobierno a los conquistadores. ¡Tan carente se hallaba Thiers hasta del más tenue pretexto para abrir las hostilidades contra París, que tuvo que recurrir a la mentira descarada de que la artillería de la Guardia Nacional pertenecía al Estado!

La confiscación de sus cañones estaba destinada, evidentemente, a ser el preludio del desarme general de París y, por tanto, del desarme de la revolución del 4 de septiembre. Pero esta revolución era ahora la forma legal del Estado francés. La república, su obra, fue reconocida por los conquistadores en las cláusulas del pacto de capitulación. Después de la capitulación, fue reconocida también por todas las potencias extranjeras, y la Asamblea Nacional fue convocada en nombre suyo. La revolución obrera de París del 4 de septiembre era el único título legal de la Asamblea Nacional congregada en Burdeos y de su Poder Ejecutivo. Sin el 4 de septiembre, la Asamblea Nacional hubiera tenido que dar un paso inmediatamente al *Corps Législatif* [Cuerpo Legislativo], elegido en 1869 por sufragio universal bajo el gobierno de Francia y no de Prusia, y disuelto a la fuerza por la revolución. Thiers y sus *ticket-of-leave men* habrían tenido que rebajarse a pedir un salvoconducto firmado por Luis Bonaparte para librarse de un viaje a Cayena²⁸. La Asamblea Nacional, con sus plenos poderes para fijar las condiciones de la paz con Prusia, no era más que un episodio de aquella revolución, cuya verdadera encarnación seguía siendo el París en armas que la había iniciado, que

²⁸ Cayena, isla de la Guayana Francesa, en América del Sur; expresidio y lugar de deportación para los prisioneros políticos.



por ella había sufrido un asedio de cinco meses, con todos los horrores del hambre, y que con su resistencia sostenida a pesar del plan de Trochu había sentado las bases para una tenaz guerra de defensa en las provincias. Y París solo tenía ahora dos caminos: o rendir las armas, siguiendo las órdenes humillantes de los esclavistas amotinados de Burdeos y reconociendo que su revolución del 4 de septiembre no significaba más que un simple traspaso de poderes de Luis Bonaparte a sus rivales monárquicos; o seguir luchando como el campeón abnegado de Francia, cuya salvación de la ruina y cuya regeneración eran imposibles si no se derribaban revolucionariamente las condiciones políticas y sociales que habían engendrado el Segundo Imperio y que, bajo la égida protectora de este, maduraron hasta la total putrefacción. París, extenuado por cinco meses de hambre, no vaciló ni un instante. Heroicamente, decidió correr todos los riesgos de una resistencia contra los conspiradores franceses, aun con los cañones prusianos amenazándole desde sus propios fuertes. Sin embargo, en su aversión a la guerra civil a la que París había de ser empujado, el Comité Central persistía aún en una actitud meramente defensiva, pese a las provocaciones de la Asamblea, a las usurpaciones del Poder Ejecutivo y a la amenazadora concentración de tropas en París y sus alrededores.

Fue Thiers, pues, quien abrió la guerra civil al enviar a Vinoy, al frente de una multitud de *sergents de ville* [agentes de policía] y de algunos regimientos de línea, en expedición nocturna contra Montmartre para apoderarse por sorpresa de los cañones de la Guardia Nacional. Sabido es que este intento fracasó ante la resistencia de la Guardia Nacional y la confraternización de las tropas de línea con el pueblo. D'Aurelle de Paladines había mandado a imprimir de antemano su boletín cantando la victoria, y Thiers tenía ya pre-



parados los carteles anunciando sus medidas de *coup d'Etat*. Ahora todo esto hubo de ser sustituido por los llamamientos en que Thiers comunicaba su magnánima decisión de dejar a la Guardia Nacional en posesión de sus armas, con lo cual estaba seguro —decía— de que ella se uniría al gobierno contra los rebeldes. De los 300 000 guardias nacionales solamente 300 respondieron a esta invitación a pasarse al lado del pequeño Thiers en contra de ellos mismos. La gloriosa revolución obrera del 18 de marzo se adueñó indiscutiblemente de París. El Comité Central era su gobierno provisional. Y su sensacional actuación política y militar pareció hacer dudar un momento a Europa de si lo que veía era una realidad o solo sueños de un pasado remoto.

Desde el 18 de marzo hasta la entrada de las tropas versallesas en París, la revolución proletaria estuvo tan exenta de esos actos de violencia en que tanto abundan las revoluciones, y más todavía las contrarrevoluciones de las «clases superiores», que sus adversarios no tuvieron más hechos en torno a los cuales hacer ruido que la ejecución de los generales Lecomte y Clément Thomas y lo ocurrido en la plaza Vendôme.

Uno de los militares bonapartistas que tomaron parte en la intentona nocturna contra Montmartre, el general Lecomte, ordenó por cuatro veces al 81º Regimiento de línea que hiciese fuego sobre una muchedumbre inerme en la plaza Pigalle y, como las tropas se negasen, las insultó furiosamente. En vez de disparar sobre las mujeres y los niños, sus hombres dispararon sobre él. Naturalmente, las costumbres inveteradas adquiridas por los soldados bajo la educación militar que les imponen los enemigos de la clase obrera no cambian en el preciso momento en que estos



soldados se pasan al campo de los trabajadores. Esta misma gente fue la que ejecutó a Clément Thomas.

El «general» Clément Thomas, un antiguo sargento de caballería descontento, se había enrolado, en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe, en la redacción del periódico republicano *Le National*²⁹, para prestar allí sus servicios con la doble personalidad de hombre de paja (*gérant responsable*) y de espadachín de tan belicoso periódico. Después de la revolución de Febrero, entronizados en el poder, los señores de *Le National* convirtieron a este exsargento de caballería en general, en vísperas de la matanza de Junio, de la que él, como Jules Favre, fue uno de los siniestros maquinadores, para convertirse después en uno de los más viles verdugos de los sublevados. Después, desaparecieron él y su generalato por largo tiempo, para salir de nuevo a la superficie el 1 de noviembre de 1870. El día anterior, el gobierno de defensa, cogido en el Hôtel de Ville, había prometido solemnemente a Blanqui, Flourens y otros representantes de la clase obrera dejar el poder usurpado en manos de una Comuna que fuera libremente elegida por París³⁰. En vez de hacer honor a su palabra, lanzó sobre París a los bretones de Trochu que venían a sustituir a los corsos de Bonaparte³¹. Únicamente el general Tamisier

²⁹ *Le National*, diario francés, órgano de los republicanos burgueses moderados, que se publicó en París entre 1830 y 1851.

³⁰ El 31 de octubre de 1870, los obreros, junto con la parte revolucionaria de la Guardia Nacional de París desencadenaron una insurrección luego de recibir la noticia de que Metz había capitulado, Le Bourget estaba perdido y Thiers había comenzado, por orden del gobierno de defensa nacional, negociaciones con los prusianos. Los insurgentes ocuparon el Hôtel de Ville y establecieron un órgano revolucionario de poder político, el Comité de Seguridad Pública, encabezado por Blanqui. Bajo la presión de los obreros, el gobierno de Defensa Nacional prometió renunciar y organizar las elecciones a la Comuna para el 1º de noviembre. Sin embargo, sacando ventaja de la insuficiente organización de las fuerzas revolucionarias de París y de las divergencias entre los sectores dirigentes de la insurrección —los blanquistas por un lado y los jacobinos, demócratas pequeño-burgueses por otro—, el gobierno traicionó a sus palabras y, con la ayuda de los pocos batallones de la Guardia Nacional que permanecían de su lado, ocupó de nuevo el Hôtel de Ville y retomó el poder.

³¹ Los bretones, guardia móvil de Bretaña que Trochu utilizó como tropas de gendarmería para reprimir el movimiento revolucionario de París. Los corsos [naturales de Córcega] constituían una parte importante de la gendarmería durante el Segundo Imperio.



se negó a manchar su nombre con aquella violación de la palabra dada y dimitió de su puesto de comandante en jefe de la Guardia Nacional. Clément Thomas le sustituyó volviendo otra vez a ser general. Durante todo el tiempo de su mando, no guerreó contra los prusianos, sino contra la Guardia Nacional de París. Impidió que esta se armase de un modo completo, azuzó a los batallones burgueses contra los batallones obreros, eliminó a los oficiales contrarios al «plan» de Trochu y disolvió, acusando de cobardes, a aquellos mismos batallones proletarios cuyo heroísmo acaba de llenar de asombro a sus más encarnizados enemigos. Clément Thomas se sentía orgulloso de haber reconquistado su preeminencia de junio como enemigo personal de la clase obrera de París. Pocos días antes del 18 de marzo había sometido a Le Flo, ministro de la Guerra, un plan de su invención, para «acabar con la *fine fleur* [la crema] de la *canaille* [canalla] de París». Después de la derrota de Vinoy, no pudo menos que salir a la palestra como espía aficionado. El Comité Central y los obreros de París son tan responsables de la muerte de Clément Thomas y de Lecomte como la princesa de Gales de la suerte que corrieron las personas que perecieron aplastadas entre la muchedumbre el día de su entrada en Londres.

La supuesta matanza de ciudadanos inermes en la plaza Vendôme es un mito que el señor Thiers y los «rurales» silenciaron obstinadamente en la Asamblea, confiando su difusión exclusivamente a la turba de criados del periodismo europeo. «Las gentes del Orden», los reaccionarios de París, temblaron ante el triunfo del 18 de marzo. Para ellos, era la señal del castigo popular, que por fin llegaba. Ante sus ojos se alzaron los espectros de las víctimas asesinadas por ellos desde las jornadas de junio de 1848 hasta el 22 de enero de



1871³². Pero el pánico fue su único castigo. Hasta los *sergents de ville*, en vez de ser desarmados y encerrados, como procedía, tuvieron las puertas de París abiertas de par en par para huir a Versalles y ponerse a salvo. No solo no se molestó a las gentes del Orden, sino que incluso se les permitió reunirse y apoderarse tranquilamente de más de un reducto en el mismo centro de París. Esta indulgencia del Comité Central, esta magnanimidad de los obreros armados que contrastaba tan abiertamente con los hábitos del «Partido del Orden», fue falsamente interpretada por este como la simple manifestación de un sentimiento de debilidad. De aquí su necio plan de intentar, bajo el manto de una manifestación pacífica, lo que Vinoy no había podido lograr con sus cañones y sus ametralladoras. El 22 de marzo se puso en marcha desde los barrios de los ricos un tropel exaltado de personas distinguidas, llevando en sus filas a todos los elegantes petimetres y a su cabeza a los contertulios más conocidos del imperio: los Heeckeren, Coëtlogon, Henri de Pène, etc. Bajo la capa cobarde de una manifestación pacífica, estas bandas, pertrechadas secretamente con armas de matones, se pusieron en orden de marcha, maltrataron y desarmaron a las patrullas y a los puestos de la Guardia Nacional que encontraban a su paso y, al desembocar desde la *rue* de la Paix en la plaza Vendôme, a los gritos de «¡Abajo el Comité Central! ¡Abajo los asesinos! ¡Viva la Asamblea Nacional!», intentaron romper el cordón de puestos de guardia y tomar por sorpresa el cuartel general de la Guardia Nacional. Como contestación a sus tiros de pistola, fueron dadas las *sommations* [intimaciones] regulares (equivalente francés del *Riot Act*

³² El 22 de enero de 1871, a iniciativa de los blanquistas, el proletariado de París y la Guardia Nacional realizaron una manifestación revolucionaria para exigir la disolución del gobierno y el establecimiento de la Comuna. El gobierno de defensa nacional ordenó a sus guardias bretones que custodiaban el Hôtel de Ville disparar contra las masas. Arrestó a muchos manifestantes y decretó el cierre de todos los clubs de París, prohibió las concentraciones de masas y proscribió muchos periódicos. Luego de reprimir el movimiento revolucionario a sangre fría, el gobierno empezó a preparar la rendición de París.



inglés)³³ y, como resultaron inútiles, el general de la Guardia Nacional dio la orden de fuego. Bastó una descarga para poner en fuga precipitada a aquellos estúpidos mequetrefes que esperaban que la simple exhibición de su «respetabilidad» ejercería sobre la revolución de París el mismo efecto que los trompetazos de Josué sobre las murallas de Jericó. Al huir, dejaron tras ellos dos guardias nacionales muertos, nueve gravemente heridos (entre ellos un miembro del Comité Central) y todo el escenario de su hazaña sembrado de revólveres, puñales y bastones de estoque, como evidencias del carácter «inermes» de su manifestación «pacífica». Cuando el 13 de junio de 1849 la Guardia Nacional de París organizó una manifestación realmente pacífica para protestar contra el traidor asalto de Roma por las tropas francesas, Changarnier, a la sazón general del partido del orden fue aclamado por la Asamblea Nacional, y señaladamente por el señor Thiers, como salvador de la sociedad por haber lanzado a sus tropas desde los cuatro costados contra aquellos hombres inermes, por haberlos derribado a tiros y a sablazos y por haberlos pisoteado con sus caballos. Se decretó entonces en París el estado de sitio. Dufaure hizo que la Asamblea aprobase a toda prisa nuevas leyes de represión. Nuevas detenciones, nuevos destierros; comenzó una nueva era de terror. Pero las clases inferiores hacen esto de otro modo. El Comité Central de 1871 no se ocupó de los héroes de la «manifestación pacífica»; y así, dos días después, podían ya pasar revista ante el almirante Saisset para aquella otra manifestación, ya armada, que terminó con la famosa huida a Versalles. En su repugnancia a aceptar la guerra ci-

³³ Las *Sommations* eran una forma de advertencia que daban las autoridades francesas para ordenar la dispersión de manifestaciones, mítines, etc. De acuerdo a la Ley de 1831, el gobierno tenía derecho a hacer uso de la fuerza una vez que esta advertencia había sido repetida tres veces en forma de redoble de tambor o de toque de trompetas. El Riot Act, que fue puesto en práctica en Inglaterra en 1715, prohibía cualquier «reunión tumultuosa» de más de doce personas. En tales ocasiones, las autoridades tenían el derecho de utilizar la fuerza luego de hacer una advertencia especial, en caso de que los participantes en el mitin no se dispersaran en el plazo de una hora.



vil iniciada por el asalto nocturno que Thiers realizó contra Montmartre, el Comité Central se hizo responsable esta vez de un error decisivo: no marchar inmediatamente sobre Versalles, entonces completamente indefenso, para acabar con los manejos conspirativos de Thiers y de sus «rurales». En vez de hacer esto, volvió a permitirse que el Partido del Orden probase sus fuerzas en las urnas el 26 de marzo, día en que se celebraron las elecciones a la Comuna. Aquel día, en las *mairies* [ayuntamientos] de París, ellos cruzaron blandas palabras de conciliación con sus demasiado generosos vencedores, mientras en su fuero interior hacían el voto solemne de exterminarlos en el momento oportuno.

Veamos ahora el reverso de la medalla. Thiers abrió su segunda campaña contra París a comienzos de abril. La primera remesa de prisioneros parisinos conducidos a Versalles hubo de sufrir indignantes crueldades, mientras Ernesto Picard, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se paseaba por delante de ellos escarneciéndolos, y Mesdames Thiers y Favre, en medio de sus damas de honor (?), aplaudían desde los balcones los ultrajes al populacho versallés. Los soldados de los regimientos de línea hechos prisioneros fueron asesinados a sangre fría; nuestro valiente amigo el general Duval, el fundidor, fue fusilado sin la menor apariencia de proceso. Gallifet, ese chulo de su propia mujer, que se hizo tan famosa por las desvergonzadas exhibiciones que hacía de su cuerpo en las orgías del Segundo Imperio, se jactaba en una proclama de haber mandado a asesinar a un puñado de guardias nacionales con su capitán y su teniente, que habían sido sorprendidos y desarmados por sus cazadores. Vinoy, el fugitivo, fue premiado por Thiers con la Gran Cruz de la Legión de Honor por su orden de fusilar a todos los soldados de línea capturados en las filas de los federales. Desmarets, el gendarme, fue condecorado



por haber descuartizado a traición, como un carnicero, al magnánimo y caballeroso Flourens, que el 31 de octubre de 1870 había salvado las cabezas de los miembros del gobierno de defensa³⁴. Thiers, con manifiesta satisfacción, se extendió en la Asamblea Nacional sobre los «alentadores detalles» de este asesinato. Con la inflada vanidad de un pulgarcito parlamentario a quien se permite representar el papel de un Tamerlán, negaba a los que se rebelaban contra su poquedad todo derecho de beligerantes civilizados, hasta el derecho de la neutralidad para sus hospitales de sangre. Nada más horrible que este mono, ya presentido por Voltaire³⁵, a quien le fue permitido durante algún tiempo dar rienda suelta a sus instintos de tigre.

Después del decreto emitido por la Comuna el 7 de abril, ordenando represalias y declarando que tal era su deber «para proteger a París contra las hazañas canibalescas de los bandidos de Versalles, exigiendo ojo por ojo y diente por diente»³⁶, Thiers siguió dando a los prisioneros el mismo trato salvaje, e insultándolos además en sus boletines del modo siguiente: «Jamás la mirada angustiada de hombres honrados ha tenido que posarse sobre semblantes tan degradados de una degradada democracia». Los hombres honrados eran Thiers y sus *ticket-of-leave men* como ministros. No obstante, los fusilamientos de prisioneros cesaron por algún tiempo. Pero tan pronto como Thiers y sus generales decembristas se convencieron de que aquel decreto de la Comuna sobre las represalias no era más que una amenaza inocua, de que se respetaba la vida hasta a sus gendarmes espías

³⁴ Cuando se presentaron los acontecimientos del 31 de octubre de 1870 (véase la nota 30), miembros del gobierno de defensa nacional fueron detenidos en el Hôtel de Ville. Uno de los insurgentes pidió que fueran ejecutados, pero su propuesta fue rechazada por Gustave Flourens.

³⁵ Véase *Cándido*, Voltaire, cap. 22.

³⁶ Cita del decreto sobre rehenes promulgado por la Comuna de París el 5 de abril de 1871 y publicado en el *Journal officiel de la République française*, en su número 96 del 6 de abril de 1871. La fecha indicada por Marx es la fecha de su publicación en periódicos ingleses.



detenidos en París con el disfraz de guardias nacionales, y hasta a los sergents de ville cogidos con granadas incendiarias, entonces los fusilamientos en masa de prisioneros se reanudaron y prosiguieron sin interrupción hasta el final. Las casas en que se habían refugiado guardias nacionales eran rodeadas por gendarmes, rociadas con petróleo (lo que ocurre por primera vez en esta guerra) y luego incendiadas; los cuerpos carbonizados eran sacados en la ambulancia de la Prensa de Les Ternes. Cuatro guardias nacionales que se rindieron a un destacamento de cazadores montados, el 25 de abril, en Belle Epine, fueron fusilados, uno tras otro, por un capitán, digno discípulo de Gallifet. Scheffer, una de estas cuatro víctimas, a quien se había dejado por creerle muerto, llegó arrastrándose hasta las avanzadillas de París y relató este hecho ante una comisión de la Comuna. Cuando Tolain interpeló al ministro de la Guerra acerca del informe de esta comisión, los «rurales» ahogaron su voz y no permitieron que Le Flô contestara. Habría sido un insulto para su «glorioso» ejército hablar de sus hazañas. El tono impertinente con que los boletines de Thiers anunciaron la matanza a bayonetazos de los guardias nacionales sorprendidos durmiendo en Moulin Saquet y los fusilamientos en masa en Clamart alteraron los nervios hasta del *Times* de Londres, que no ha sido precisamente muy sensible. Pero sería ridículo, hoy, empeñarse en enumerar las simples atrocidades preliminares perpetradas por los que bombardearon a París y fomentaron una rebelión esclavista protegida por la invasión extranjera. En medio de todos estos horrores, Thiers, olvidándose de sus lamentaciones parlamentarias sobre la espantosa responsabilidad que pesa sobre sus hombros de enano, se jacta en sus boletines de que *L'Assemblée siège paisiblement* (la Asamblea delibera plácidamente), y con sus jolgorios inacabables, unas veces con los generales



decembristas y otras con los príncipes alemanes, prueba que su digestión no se ha alterado en lo más mínimo, ni siquiera por los espectros de Lecomte y Clément Thomas.

III

En la alborada del 18 de marzo de 1871, París despertó entre un clamor de gritos de «Vive la Commune!». ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses? Decía el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo:

Los proletarios de París, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder³⁷.

Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines.

El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, su desarrollo se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la Revolución francesa del siglo XVIII barrió todas estas

³⁷ *Journal officiel de la République française* N.º 80, del 21 de marzo de 1871.



reliquias de tiempos pasados, limpiando así, al mismo tiempo, el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del edificio del Estado moderno, erigido en tiempos del Primer Imperio, que, a su vez, era el fruto de las guerras de coalición³⁸ de la vieja Europa semifeudal contra la Francia moderna. Durante los regímenes siguientes, el gobierno, colocado bajo el control del parlamento —es decir, bajo el control directo de las clases poseedoras—, no solo se convirtió en un vivero de enormes deudas nacionales y de impuestos agobiadores, sino que, con la seducción irresistible de sus cargos, prebendas y empleos, acabó siendo la manzana de la discordia entre las fracciones rivales y los aventureros de las clases dominantes; por otra parte, su carácter político cambiaba simultáneamente con los cambios económicos operados en la sociedad. Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el poder estatal fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del poder del Estado. La revolución de 1830, al dar como resultado el paso del gobierno de manos de los terratenientes a manos de los capitalistas, lo que hizo fue transferirlo de los enemigos más remotos a los enemigos más directos de la clase obrera. Los republicanos burgueses, que se adueñaron del poder del Estado en nombre de la revolución de Febrero, lo usaron para provocar las matanzas de Junio, para probar a la clase obrera que la república

³⁸ Se trata de las guerras libradas por Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria, España y otros Estados contra la Francia revolucionaria y más tarde contra el imperio de Napoleón I.



«social» era la república que aseguraba su sumisión social y para convencer a la masa monárquica de los burgueses y terratenientes de que podían dejar sin peligro los cuidados y los gajes del gobierno a los «republicanos» burgueses. Sin embargo, después de su única hazaña heroica de Junio, no les quedó a los republicanos burgueses otra cosa que pasar de la cabeza a la cola del Partido del Orden, coalición formada por todas las fracciones y facciones rivales de la clase apropiadora, en su antagonismo, ahora abiertamente declarado, contra las clases productoras. La forma más adecuada para este gobierno de capital asociado era la República Parlamentaria, con Luis Bonaparte como presidente. Fue este un régimen de franco terrorismo de clase y de insulto deliberado contra la *vile multitude* [vil muchedumbre]. Si la república parlamentaria, como decía el señor Thiers, era «la que menos dividía» (a las diversas fracciones de la clase dominante), en cambio abría un abismo entre esta clase y el conjunto de la sociedad situado fuera de sus escasas filas. Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al poder del Estado bajo regímenes anteriores, y, ante el amenazante alzamiento del proletariado, se sirvieron del poder estatal, sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras les obligaba no solo a revestir al Poder Ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo, a despojar a su propio baluarte parlamentario — la Asamblea Nacional—, de todos sus medios de defensa contra el Poder Ejecutivo, uno por uno, hasta que este, en la persona de Luis Bonaparte, les dio un puntapié. El fruto natural de la república del Partido del Orden fue el Segundo Imperio.



El imperio, con el *coup d'Etat* por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera, y, finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún. El imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas contrastaba con la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido. El poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad, era, en realidad, el mayor escándalo de ella y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había salvado, fueron puestas al desnudo por la bayoneta de Prusia, que ardía a su vez en deseos de trasladar la sede suprema de este régimen de París a Berlín. El imperialismo es la forma más prostituida y al mismo tiempo la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.



La antítesis directa del imperio era la Comuna. El grito de «república social», con que la revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase solo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república.

París, sede central del viejo poder gubernamental y, al mismo tiempo, baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los «rurales» de restaurar y perpetuar aquel viejo poder que les había sido legado por el imperio. Y si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trata de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Co-



muna para abajo, todos los servidores públicos debían devengar *salarios de obreros*. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa ejercida hasta entonces por el Estado.

Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el «poder de los curas», decretando la separación de la Iglesia y el Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles. Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y al mismo tiempo emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no solo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que solo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos, ante los cuales iban prestando y violando, sucesivamente, el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el



régimen comunal, el antiguo gobierno centralizado tendría que dejar paso también en las provincias a la autoadministración de los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser reemplazado por una milicia popular, con un período de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de Delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el *mandat impératif* (instrucciones formales) de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central, no se suprimirían, como se ha dicho, falseando intencionadamente la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales que, gracias a esta condición, serían estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, de la cual no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas serían arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante habían de «representar»



tar» al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que las compañías, al igual que los particulares, cuando se trata de negocios saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.

Generalmente, las creaciones históricas por completo nuevas están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que quiebra el poder estatal moderno, ha sido confundida con una reproducción de las comunas medievales, que, habiendo precedido a ese Estado, le sirvieron luego de base. Al régimen comunal se le ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar, como lo soñaban Montesquieu y los girondinos³⁹, esa unidad de las grandes naciones en una federación de pequeños Estados, unidad que, aunque instaurada en sus orígenes por la violencia política, se ha convertido hoy en un poderoso factor de la producción social. El antagonismo entre la Comuna y el poder estatal se ha presentado equivocadamente como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo. Circunstancias históricas peculiares pueden en otros países haber impedido el desarrollo clásico de la forma burguesa

³⁹ Los girondinos eran los sostenedores del Partido de la Gironda, que se formó durante la revolución burguesa de Francia y que representaba los intereses tanto de la gran burguesía comercial e industrial como los intereses de la burguesía terrateniente que surgió durante la revolución. Se les llamaba girondinos porque muchos de sus dirigentes representaban a la provincia de Gironda en la Asamblea Legislativa y en la Asamblea Nacional. Cubriéndose con la bandera de proteger el derecho de las provincias a la autonomía y a la federación, los girondinos se opusieron al gobierno jacobino y a las masas revolucionarias que lo apoyaban.



de gobierno, tal como se dio en Francia, y haber permitido, como en Inglaterra, completar en las ciudades los grandes órganos centrales del Estado con asambleas parroquiales (*vestries*) corrompidas, concejales deshonestos y feroces administradores de la beneficencia, y, en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. La burguesía de las ciudades de la provincia francesa veía en la Comuna un intento de restaurar el predominio que ella había ejercido sobre el campo bajo Luis Felipe y que, bajo Luis Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad. En realidad, el régimen comunal colocaba a los productores del campo bajo la dirección intelectual de las cabeceras de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en las personas de los obreros, a los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, evidentemente, la autonomía municipal, pero ya no como contrapeso a un poder estatal que ahora era superfluo. Solo en la cabeza de un Bismarck, que, cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que tan bien cuadra a su calibre mental, de colaborador del *Kladderadatsch* (el *Punch* de Berlín)⁴⁰, solo en una cabeza como esa podía haber el achacar a la Comuna de París la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización municipal francesa de 1791 que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple rueda secundaria de la maquinaria policíaca del Es-

⁴⁰ *Kladderadatsch*, semanario humorístico ilustrado que comenzó a aparecer en Berlín en 1848. *Punch*, nombre abreviado de *Punch or The London Charivari*, semanario humorístico de los liberales burgueses ingleses que apareció por primera vez en Londres en 1841.



tado prusiano. Ese tópico de todas las revoluciones burguesas, «un gobierno barato», la Comuna lo convirtió en realidad al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia presuponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni el gobierno barato ni la «verdadera república» constituían su meta final, no eran más que fenómenos concomitantes.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y escrito con tanta profusión durante los últimos sesenta años acerca de la emancipación del trabajo, apenas en algún



sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy, el propietario de tierras no es más que el socio sumiso del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prosti-tuidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción —la tierra y el capital— que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el «irrealizable» comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe —y no son pocos— se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de substituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, sino comunismo, comunismo «realizable»?



La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantar *par decret du peuple* [por decreto del pueblo]. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mostrarse de las burdas invectivas de los lacayos de la pluma y de la protección profesoral de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus perogrulladas de ignorantes y sus sectarias fantasías con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus «superiores naturales» y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo de instrucción pública de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la república del Trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville.

Y, sin embargo, fue esta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única cla-



se capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina —tenderos, artesanos, comerciantes—, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante una sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores⁴¹. Estos mismos elementos de la clase media, después de haber colaborado en el aplazamiento de la insurrección obrera de junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente de entonces⁴². Pero no fue este el único motivo que les llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el imperio, cualquiera que fuese el rótulo bajo el que este resucitase. El imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras que fomentó y con el apoyo prestado a la concentración artificialmente acelerada del capital, que suponía la expropiación de muchos de sus componentes. Los había oprimido políticamente, y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo al confiar la educación de sus hijos a los *frères ignorantins* [hermanos ignorantes]⁴³, y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al lanzarlos precipitadamente a una guerra que solo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del imperio. En efecto,

⁴¹ El 16 de abril de 1871, la Comuna promulgó un decreto aplazando el pago de todas las deudas por tres años y cancelando los intereses. Este decreto vino a aliviar la situación económica de la pequeña burguesía y fue desfavorable para los acreedores de la gran burguesía.

⁴² Se refiere al rechazo del proyecto de ley sobre los «concordatos amistosos» por parte de la Asamblea Constituyente el 22 de agosto de 1848. Dicho proyecto establecía el aplazamiento del pago de deudas para cualquier deudor que pudiera probar que había entrado en bancarota debido a la parálisis de los negocios causada por la revolución. A consecuencia del antedicho rechazo, un considerable número de pequeñosburgueses quedaron completamente arruinados y fueron dejados a merced de los acreedores de la gran burguesía.

⁴³ *Frères ignorantins*, sobrenombre con que se llamaba a la orden religiosa que apareció en Reims en 1680. Sus miembros se dedicaban a la educación de niños pobres. En las escuelas fundadas por la Orden los alumnos recibían principalmente educación religiosa y muy poco en otros campos del saber.



tan pronto huyó de París la alta *bohème* [bohemia] bonapartista y capitalista, el auténtico partido del orden de la clase media surgió bajo la forma de «Unión republicana»⁴⁴, se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las malévolas desfiguraciones de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media va a resistir las duras pruebas de estos momentos.

La Comuna tenía toda la razón cuando decía a los campesinos: «Nuestro triunfo es vuestra única esperanza»⁴⁵. De todas las mentiras incubadas en Versalles y difundidas por los ilustres mercenarios de la prensa europea, una de las más tremendas era la de que los «rurales» representaban al campesinado francés. ¡Figúrense el amor que sentirían los campesinos de Francia por los hombres a quienes después de 1815 se les obligó a pagar mil millones de indemnización!⁴⁶ A los ojos del campesino francés, la sola existencia de grandes propietarios de tierras es ya una usurpación de sus conquistas de 1789. En 1848, la burguesía gravó su parcela de tierra con el impuesto adicional de 45 céntimos por franco, pero entonces lo hizo en nombre de la revolución; ahora, en cambio, fomentaba una guerra civil en contra de la revolución, para echar sobre las espaldas de los campesinos la carga principal de los cinco mil millones de indemnización que había que pagar a los prusianos. La Comuna, por el contrario, declaraba en una de sus primeras proclamas

⁴⁴ La «Unión republicana» (Alianza republicana de los departamentos), organización política de los elementos pequeñoburgueses que venían de diferentes provincias y vivían en París. Hizo un llamado a las provincias para que apoyaran a la Comuna y lucharan contra el gobierno de Versalles y contra la Asamblea Nacional monarquista.

⁴⁵ Probablemente viene del llamamiento de la Comuna de París «A los trabajadores del campo», que fue publicada en abril y a comienzos de mayo de 1871 en los periódicos de la Comuna y también en hojas sueltas.

⁴⁶ El 27 de abril de 1825 el reaccionario gobierno de Carlos X dictó una ley por la cual recompensaba a los antiguos emigrados por la pérdida de sus bienes que habían sido confiscados durante los años de la revolución burguesa en Francia. La mayor parte de la indemnización, que totalizaba mil millones de francos y que fue pagada por el gobierno en la forma de valores con un interés del tres por ciento, fue a parar a las manos de los principales aristócratas de la corte y de los grandes terratenientes franceses.



que las costas de la guerra tenían que ser pagadas por los verdaderos causantes de ella. La Comuna habría redimido al campesino de la contribución de sangre, le habría dado un gobierno barato, habría convertido a los que hoy son sus vampiros —el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros chupasangre de juzgados— en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él mismo. Le habría librado de la tiranía del alguacil rural, el gendarme y el prefecto; la ilustración en manos del maestro de escuela habría ocupado el lugar del embrutecimiento por parte del cura. Y el campesino francés es, ante todo y sobre todo, un hombre calculador. Le habría parecido extremadamente razonable que la paga del cura, en vez de serle arrancada a él por el recaudador de contribuciones, dependiese de la espontánea manifestación de los sentimientos religiosos de los feligreses. Tales eran los grandes beneficios que el régimen de la Comuna —y solo él— brindaba como cosa inmediata a los campesinos franceses. Huelga, por tanto, detenerse a examinar los problemas más complicados, pero vitales, que solo la Comuna era capaz de resolver —y que al mismo tiempo estaba obligada a resolver—, en favor de los campesinos, a saber: la deuda hipotecaria, que pesaba como una pesadilla sobre su parcela; el *prolétariat foncier* (el proletariado rural), que crecía constantemente, y el proceso de expropiación de su parcela, proceso cada vez más acelerado en virtud del desarrollo de la agricultura moderna y la competencia de la producción agrícola capitalista.

El campesino francés había elegido a Luis Bonaparte presidente de la república, pero fue el Partido del Orden el que creó el Segundo Imperio. Lo que el campesino francés quiere realmente comenzó a demostrarlo él mismo en 1849 y 1850, al oponer su *maire* [alcalde] al prefecto del gobierno, su maestro de escuela al cura del gobierno y su propia per-



sona al gendarme del gobierno. Todas las leyes promulgadas por el Partido del Orden en enero y febrero de 1850⁴⁷ fueron medidas descaradas de represión contra el campesino. El campesino era bonapartista porque la gran revolución, con todos los beneficios que le había conquistado, se personificaba para él en Napoleón.

Pero esta ilusión, que se esfumó rápidamente bajo el Segundo Imperio (y que era, por naturaleza, contraria a los «rurales»), este prejuicio del pasado, ¿cómo hubiera podido hacer frente a la apelación de la Comuna a los intereses vitales y necesidades más apremiantes de los campesinos?

Los «rurales» —tal era, en realidad, su principal temor— sabían que tres meses de libre contacto del París de la Comuna con las provincias bastarían para desencadenar una sublevación general de campesinos, y de ahí su prisa por establecer el bloqueo policiaco de París para impedir que la epidemia se propagase.

La Comuna era, pues, la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y por consiguiente, el auténtico gobierno nacional. Pero, al mismo tiempo, como gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. A los ojos del ejército prusiano, que había anexo a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexaba a Francia los obreros del mundo entero.

El Segundo Imperio había sido el jubileo de la estafa cosmopolita, los estafadores de todos los países habían acudido

⁴⁷ Se refiere a las leyes por las cuales se dividió a Francia en distritos militares y se entregó a los comandantes amplios poderes sobre 105 asuntos administrativos locales, se garantizó al presidente de la República el derecho de nombrar y destituir burgomaestres, se colocó a los maestros rurales bajo el control de los prefectos, y se hizo extensiva la influencia del clero a la educación nacional. Marx señaló el carácter de estas leyes en su obra *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*.



corriendo a su llamada para participar en sus orgías y en el saqueo del pueblo francés. Y todavía hoy la mano derecha de Thiers es Ganesco, el crápula valaco, y su mano izquierda Markovski, el espía ruso. La Comuna concedió a todos los extranjeros el honor de morir por una causa inmortal. Entre la guerra exterior, perdida por su traición, y la guerra civil, fomentada por su conspiración con el invasor extranjero, la burguesía encontraba tiempo para dar pruebas de patriotismo, organizando batidas policíacas contra los alemanes residentes en Francia. La Comuna nombró a un obrero alemán como su ministro del Trabajo. Thiers, la burguesía, el Segundo Imperio, habían engañado constantemente a Polonia con ostentosas manifestaciones de simpatía, mientras en realidad la traicionaban por los intereses de Rusia, a la que prestaban los más sucios servicios. La Comuna honró a los heroicos hijos de Polonia, colocándolos a la cabeza de los defensores de París. Y, para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los vencedores prusianos, de una parte, y del ejército bonapartista mandado por generales bonapartistas de otra, echó abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria guerrera que era la columna de Vendôme⁴⁸.

La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas no podían menos que expresar la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo. Entre ellas se cuentan la abolición del trabajo nocturno para los obreros panaderos, y la prohibición, bajo penas, de la práctica corriente entre los patronos de mermar los salarios imponiendo a sus obreros multas bajo los más diversos pretextos, proceso en el que el patrono se adjudica

⁴⁸ La columna Vendôme, monumento erigido entre 1806 y 1810 en la plaza Vendôme de París para conmemorar la victoria de Napoleón I en 1805. El monumento fue demolido el 16 de mayo de 1871 por decisión de la Comuna de París.



las funciones de legislador, juez y agente ejecutivo, y, además, se embolsa el dinero. Otra medida de este género fue la entrega a las asociaciones obreras, bajo reserva de indemnización, de todos los talleres y fábricas cerrados, lo mismo si sus respectivos patronos habían huído que si habían optado por parar el trabajo.

Las medidas financieras de la Comuna, notables por su sagacidad y moderación, hubieron de limitarse necesariamente a lo que era compatible con la situación de una ciudad sitiada. Teniendo en cuenta el latrocinio gigantesco desencadenado sobre la ciudad de París por las grandes empresas financieras y los contratistas de obras bajo la tutela de Haussmann⁴⁹, la Comuna habría tenido títulos incomparablemente mejores para confiscar sus bienes que los que Luis Napoleón había tenido para confiscar los de la familia de Orleans. Los Hohenzollern y los oligarcas ingleses, una buena parte de cuyos bienes provenían del saqueo de la Iglesia, pusieron naturalmente el grito en el cielo cuando la Comuna sacó de la secularización 8000 míseros francos.

Mientras el gobierno de Versalles, apenas recobró un poco de ánimo y de fuerzas, empleaba contra la Comuna las medidas más violentas; mientras ahogaba la libre expresión del pensamiento en toda Francia, hasta el punto de prohibir las asambleas de delegados de las grandes ciudades; mientras sometía a Versalles y al resto de Francia a un espionaje que dejaba chiquito al del Segundo Imperio; mientras quemaba, por medio de sus inquisidores-gendarmes, todos los periódicos publicados en París y violaba toda la correspondencia que procedía de la capital o iba dirigida a ella; mientras en

⁴⁹ El barón de Haussmann fue, durante el Segundo Imperio, prefecto del departamento del Sena, es decir, de la ciudad de París. Realizó una serie de obras para modificar el plano de París, con el fin de facilitar la lucha contra las insurrecciones de los obreros (Nota para la traducción rusa publicada bajo la redacción de V. I. Lenin.). [N. de E.: Esta nota pertenece a la edición de *La guerra civil en Francia* de la Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro (La Habana, 1973)].



la Asamblea Nacional los más tímidos intentos de aventurar una palabra en favor de París eran ahogados con unos aullidos a los que no había llegado ni la *chambre introuvable* de 1816; con la guerra salvaje de los versalleses fuera de París y sus tentativas de corrupción y conspiración por dentro, ¿podía la Comuna, sin traicionar ignominiosamente su causa, guardar todas las formas y apariencias de liberalismo, como si gobernase en tiempos de serena paz? Si el gobierno de la Comuna se hubiera parecido al de Thiers, no habría habido más base para suprimir en París los periódicos del Partido del Orden que para suprimir en Versalles los periódicos de la Comuna.

Era verdaderamente indignante para los «rurales» que, en el mismo momento en que ellos preconizaban como único medio de salvar a Francia la vuelta al seno de la Iglesia, la pagana Comuna descubriera los misterios del convento de monjas de Picpus y de la iglesia de Saint Laurent⁵⁰. Y era una burla para el señor Thiers que, mientras él hacía llover grandes cruces sobre los generales bonapartistas, para premiar su maestría en el arte de perder batallas, firmar capitulaciones y liar cigarrillos en Wilhelmshöhe⁵¹, la Comuna destituyera y arrestara a sus generales a la menor sospecha de negligencia en el cumplimiento del deber. La expulsión de su seno y la detención por la Comuna de uno de sus

⁵⁰ En el periódico *Le Mot d'Ordre* del 5 de mayo de 1871 se publicaron pruebas de los crímenes cometidos en los monasterios. Por medio de una investigación, en el convento de monjas de Picpus, del distrito suburbano de Saint Antoine, se descubrieron casos como el de monjas que habían permanecido prisioneras en celdas durante muchos años. También fueron hallados instrumentos de tortura. En la iglesia de Saint Laurent se halló un cementerio clandestino que reveló pruebas de varios asesinatos. Estos hechos también fueron dados a la publicidad en un folleto antirreligioso de la Comuna titulado *Los crímenes de las congregaciones religiosas*.

⁵¹ El 1º y 2 de septiembre de 1870, se libró una batalla decisiva de la Guerra Franco-prusiana en los alrededores de Sedán, ciudad del nordeste de Francia; ella terminó con una derrota completa del ejército francés. Según los términos de la capitulación firmados por el Cuartel General francés el 2 de septiembre de 1870, Napoleón III y más de 80 000 soldados, oficiales y generales franceses fueron hechos prisioneros de guerra. Desde el 5 de septiembre de 1870 hasta el 19 de marzo de 1871, Napoleón III quedó encarcelado en Wilhelmshöhe, un castillo de Prusia cerca de Kassel. La derrota en Sedán aceleró la caída del Segundo Imperio. A consecuencia de ello, Francia fue proclamada república el 4 de septiembre de 1870.



miembros⁵², que se había deslizado en ella bajo nombre supuesto y que en Lyon había sufrido un arresto de seis días por simple quiebra, ¿no era un deliberado insulto para el falsificador Jules Favre, todavía a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Francia, y que seguía vendiendo su país a Bismarck y dictando órdenes a aquel incomparable gobierno de Bélgica? La verdad es que la Comuna no presumía de infalibilidad, don que se atribuían sin excepción todos los gobiernos de viejo cuño. Publicaba sus acciones y sus palabras y daba a conocer al público todas sus imperfecciones.

En todas las revoluciones, al lado de sus verdaderos representantes, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes y devotos de revoluciones pasadas, sin visión del movimiento actual, pero dueños todavía de su influencia sobre el pueblo, por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición; otros, simples charlatanes que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el gobierno del día, se han robado una reputación de revolucionarios de pura cepa. Después del 18 de marzo salieron también a la superficie hombres de estos y en algunos casos lograron desempeñar papeles preeminentes. En la medida en que su poder se lo permitió, entorpecieron la verdadera acción de la clase obrera, lo mismo que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Estos elementos constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio, pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de cita de

⁵² Se refiere a Blanchet.



terratenientes ingleses, absentistas irlandeses⁵³, exesclavistas y rastacueros norteamericanos, expropietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en la morgue, ni asaltos nocturnos y apenas uno que otro robo; por primera vez desde los días de febrero de 1848 se podía transitar seguro por las calles de París y eso que no había policía de ninguna clase. «Ya no se oye hablar —decía un miembro de la Comuna— de asesinatos, robos y atracos; se diría que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores». Las *cocottes* [damiselas] habían reencontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a salir a la superficie las auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la antigüedad. París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas.

Frente a este mundo nuevo de París, se alzaba el mundo viejo de Versalles; aquella asamblea de legitimistas y orleanistas, vampiros de todos los regímenes difuntos, ávidos de nutrirse del cadáver de la nación, con su cola de republicanos antediluvianos, que sancionaban con su presencia en la Asamblea el motín de los esclavistas, confiando el mantenimiento de su república parlamentaria a la vanidad del senil saltimbanqui que la presidía y caricaturizando la revolución de 1789 con la celebración de sus reuniones de espectros en el *Jeu de Paume*. Así era esta Asamblea, representación de todo lo muerto de Francia, solo mantenida en una apariencia de vida por los sables de los generales de Luis Bonaparte.

⁵³ Absentistas irlandeses eran grandes terratenientes que vivían en Inglaterra del producto de sus propiedades en Irlanda, que eran administradas por agentes de fincas rurales o arrendadas a los intermediarios especuladores, y estos últimos a su turno las arrendaban a pequeños campesinos sobre la base de exigentes condiciones.



París, todo verdad, y Versalles, todo mentira, una mentira que salía de los labios de Thiers.

«Les doy a ustedes mi palabra, a la que jamás he faltado», dice Thiers a una comisión de alcaldes del departamento de Seine-et-Oise. A la Asamblea Nacional le dice que «es la Asamblea más libremente elegida y más liberal que en Francia ha existido»; dice a su abigarrada soldadesca, que es «la admiración del mundo y el mejor ejército que jamás ha tenido Francia»; dice a las provincias que el bombardeo de París llevado a cabo por él es un mito: «Si se han disparado algunos cañonazos, no ha sido por el ejército de Versalles, sino por algunos insurrectos empeñados en hacernos creer que luchan, cuando en realidad no se atreven a asomar sus caras». Poco después, dice a las provincias que «la artillería de Versalles no bombardea a París, sino que simplemente lo cañonea». Dice al arzobispo de París que las pretendidas ejecuciones y represalias (!) atribuidas a las tropas de Versalles son puras invenciones. Dice a París que solo ansía «liberarlo de los horribles tiranos que lo oprimen» y que el París de la Comuna no es, en realidad, «más que un puñado de criminales».

El París del señor Thiers no era el verdadero París de la «vil muchedumbre», sino un París fantasma, el París de los *francs-fileurs*⁵⁴, el París masculino y femenino de los bulevares, el París rico, capitalista; el París dorado, el París ocioso, que ahora corría en tropel a Versalles, a Saint-Denis, a Rueil y a Saint-Germain, con sus lacayos, sus estafadores, su *bohème* literaria y sus *cocottes*. El París para el que la guerra civil no era más que un agradable pasatiempo, el que veía las

⁵⁴ *Francs-fileurs*, literalmente «franco-fugitivos», era un apodo irónico utilizado para burlarse de los burgueses de París que huyeron de la ciudad cuando esta se hallaba asediada. El sentido irónico de estas dos palabras radicaba en la semejanza de su pronunciación con la de *francs-tireurs* (franco-tiradores), nombre que se le daba a los guerrilleros franceses que participaban activamente en la guerra contra Prusia.



batallas por un antejo de larga vista, el que contaba los estampidos de los cañonazos y juraba por su honor y el de sus prostitutas que aquella función era mucho mejor que las que representaban en Porte Saint Martin. Allí, los que caían eran muertos de verdad, los gritos de los heridos eran de verdad también, y además, ¡todo era tan intensamente histórico!

Este es el París del señor Thiers, como el mundo de los emigrados de Coblenza⁵⁵ era la Francia del señor de Calonne.

IV

La primera tentativa de conspiración de los esclavistas para sojuzgar a París logrando su ocupación por los prusianos, fracasó ante la negativa de Bismarck. La segunda tentativa, la del 18 de marzo, terminó con la derrota del ejército y la huida a Versalles del gobierno, que ordenó a todo el aparato administrativo que abandonase sus puestos y le siguiese en la huida. Mediante la simulación de negociaciones de paz con París, Thiers ganó tiempo para preparar la guerra contra él. Pero, ¿de dónde sacar un ejército? Los restos de los regimientos de línea eran escasos en número e inseguros en cuanto a moral. Su llamamiento apremiante a las provincias para que acudiesen en ayuda de Versalles con sus guardias nacionales y sus voluntarios, tropezó con una negativa rotunda. Solo Bretaña mandó a luchar bajo una bandera blanca a un puñado de *chouans*⁵⁶, con un corazón

⁵⁵ Coblenza [o Koblenz], ciudad alemana que se convirtió en el centro contrarrevolucionario de los emigrados monarquistas que se prepararon para intervenir en contra de la Francia revolucionaria durante la revolución burguesa de 1789. Coblenza era la sede del gobierno en el exilio que recibía el apoyo de los Estados absolutos feudales y a cuya cabeza se encontraba Charles Alexandre de Calonne, el fanático ministro reaccionario en tiempos de Luis XVI.

⁵⁶ *Chouans* fue originalmente el nombre con que se conoció a los participantes en los motines contrarrevolucionarios producidos en el noroeste de Francia durante la revolución burguesa de Francia. En tiempos de la Comuna de París, los comuneros bautizaron con este nombre al ejército de Versalles de mentalidad monarquista que fue reclutado en Bretaña.



de Jesús en tela blanca sobre el pecho y gritando «*Vive le roi!*» («¡Viva el rey!»). Así, Thiers se vio obligado a reunir a toda prisa una turba abigarrada, compuesta por marineros, soldados de infantería de marina, zuavos pontificios, más los gendarmes de Valentín y los *sergents de ville* y *mouchards* [confidentes] de Pietri. Pero este ejército habría sido ridículamente ineficaz sin la incorporación de los prisioneros de guerra imperiales que Bismarck fue entregando a plazos en cantidad suficiente para mantener viva la guerra civil y para tener al gobierno de Versalles en abyecta dependencia con respecto a Prusia. Durante la guerra misma, la policía versallesa tenía que vigilar al ejército de Versalles, mientras que los gendarmes tenían que arrastrarlo a la lucha, colocándose ellos siempre en los puestos de peligro. Los fuertes que cayeron no fueron conquistados, sino comprados. El heroísmo de los federales convenció a Thiers de que para vencer la resistencia de París no bastaban su genio estratégico ni las bayonetas de que disponía.

Entretanto, sus relaciones con las provincias se hacían cada vez más difíciles. No llegaba un solo mensaje de adhesión para estimular a Thiers y a sus «rurales». Muy al contrario, llegaban de todas partes diputaciones y mensajes pidiendo, en un tono que tenía de todo menos de respetuoso, la reconciliación con París sobre la base del reconocimiento inequívoco de la república, el reconocimiento de las libertades comunales y la disolución de la Asamblea Nacional, cuyo mandato había expirado ya. Estos mensajes fluían en tal número, que en su circular dirigida el 23 de abril a los fiscales, Dufaure, ministro de Justicia de Thiers, les ordenaba considerar como un crimen «el llamamiento a la conciliación». No obstante, en vista de las perspectivas desesperadas que se abrían ante su campaña militar, Thiers se decidió a cambiar de táctica, ordenando que el 30 de abril



se celebrasen elecciones municipales en todo el país, sobre la base de la nueva ley municipal dictada por él mismo a la Asamblea Nacional. Utilizando, según los casos, las intrigas de sus prefectos y la intimidación policiaca, estaba completamente seguro de que el resultado de la votación en las provincias le permitiría ungir a la Asamblea Nacional con aquel poder moral que jamás había tenido y obtener por fin de las provincias la fuerza material que necesitaba para la conquista de París.

Thiers se preocupó desde el primer momento en combinar su guerra de bandidaje contra París —glorificada en sus propios boletines— y las tentativas de sus ministros para instaurar de un extremo a otro de Francia el reinado del terror, con una pequeña comedia de conciliación, que había de servirle para más de un fin. Trataba con ello de engañar a las provincias, de seducir a la clase media de París y, sobre todo, de brindar a los pretendidos republicanos de la Asamblea Nacional la oportunidad de esconder su traición contra París detrás de su fe en Thiers. El 21 de marzo, cuando aún no disponía de un ejército, Thiers declaraba ante la Asamblea: «Pase lo que pase, jamás enviaré tropas contra París». El 27 de marzo, intervino de nuevo para decir: «Me he encontrado con la república como un hecho consumado y estoy firmemente decidido a mantenerla». En realidad, en Lyon y en Marsella⁵⁷ aplastó la revolución en nombre de la república, mientras en Versalles los bramidos de sus «rurales» ahogaban la simple mención de su nombre. Después de

⁵⁷ Bajo la influencia de la revolución proletaria en París, que dio nacimiento a la Comuna de París, comenzaron movimientos revolucionarios de masas en Lyon, en Marsella y en muchas otras ciudades de Francia. El 22 de marzo, la Guardia Nacional y el pueblo trabajador de Lyon tomaron el Hôtel de Ville. El 26 de marzo, luego de la llegada de una delegación de París, fue proclamada la Comuna en Lyon. Aunque la comisión de la Comuna —nombrada para preparar las elecciones a la comuna— poseía una fuerza armada, renunció finalmente al poder debido a su falta de contacto con el pueblo y con la Guardia Nacional. Un nuevo levantamiento de los obreros de Lyon ocurrido el 30 de abril fue cruelmente reprimido por el ejército y la policía. En Marsella la población en rebeldía ocupó el Hôtel de Ville, arrestó al prefecto, constituyó la «comisión departamental» y decidió realizar elecciones para la comuna el 5 de abril. El estallido revolucionario de Marsella fue aplastado el 4 de abril por tropas gubernamentales que bombardearon la ciudad.



esta hazaña, rebajó el «hecho consumado» a la categoría de hecho hipotético. A los príncipes de Orleans, que Thiers había alejado de Burdeos por precaución, se les permitía ahora intrigar en Dreux, lo cual era una violación flagrante de la ley. Las concesiones prometidas por Thiers, en sus interminables entrevistas con los delegados de París y provincias, aunque variaban constantemente de tono y de color, según el tiempo y las circunstancias, se reducían siempre, en el fondo, a la promesa de que su venganza se limitaría al «puñado de criminales complicados en los asesinatos de Lecomte y Clément Thomas», bien entendido que bajo la condición de que París y Francia aceptasen sin reservas al señor Thiers como la mejor de las repúblicas posibles, tal como él había hecho en 1830 con Luis Felipe. Pero hasta estas mismas concesiones no solo se cuidaba de ponerlas en tela de juicio mediante los comentarios oficiales que hacía a través de sus ministros en la Asamblea, sino que, además, tenía a su Dufaure para actuar. Dufaure, viejo abogado orleanista, había sido juez supremo de todos los estados de sitio, lo mismo ahora, en 1871, bajo Thiers, que en 1839, bajo Luis Felipe, y en 1849, bajo la presidencia de Luis Bonaparte. Durante su cesantía de ministro, había reunido una fortuna defendiendo los pleitos de los capitalistas de París y había acumulado un capital político pleiteando contra las leyes elaboradas por él mismo. Ahora, no contento con hacer que la Asamblea Nacional votase a toda prisa una serie de leyes de represión que, después de la caída de París, habían de servir para extirpar los últimos vestigios de las libertades republicanas en Francia⁵⁸, trazó de antemano la suerte que había de correr

⁵⁸ Se refiere a la ley aprobada por la Asamblea Nacional «Sobre la prosecución contra los agravios de la prensa», que vino a reforzar las cláusulas de las anteriores leyes de prensa reaccionarias (la de 1819 y la de 1849) y que estableció duras sanciones, incluida la de proscripción, para aquellas publicaciones que acogieran opiniones contrarias al gobierno. Se refiere asimismo a la rehabilitación de funcionarios del Segundo Imperio que habían sido destituidos de su cargo, a la ley especial sobre el procedimiento para la devolución de las propiedades confiscadas por la Comuna, y a la definición de tales confiscaciones como un atentado criminal.



París, al abreviar los trámites de los tribunales de guerra⁵⁹, que le parecían demasiado lentos, y al presentar una nueva ley draconiana de deportación. La revolución de 1848, al abolir la pena de muerte para los delitos políticos, la había sustituido por la deportación. Luis Bonaparte no se atrevió, por lo menos en teoría, a restablecer el régimen de la guillotina. Y la Asamblea de los «rurales», que aún no se atrevía a insinuar siquiera que los parisinos no eran rebeldes sino asesinos, no tuvo más remedio que limitarse, en la venganza que preparaba contra París, a la nueva ley de deportaciones de Dufaure. Bajo todas estas circunstancias, Thiers no hubiera podido seguir representando su comedia de conciliación, si esta comedia no hubiese arrancado, como él precisamente quería, gritos de rabia entre los «rurales», cuyas cabezas rumiantes no podían comprender la farsa, ni todo lo que la farsa exigía en cuanto a hipocresía, tergiversación y dilaciones.

Ante la proximidad de las elecciones municipales del 30 de abril, el día 27 Thiers representó una de sus grandes escenas conciliatorias. En medio de un torrente de retórica sentimental, exclamó desde la tribuna de la Asamblea:

La única conspiración que hay contra la república es la de París, que nos obliga a derramar sangre francesa. No me cansaré de repetirlo: ¡que aquellas manos suelten las armas infames que empuñan y el castigo se detendrá inmediatamente mediante un acto de paz del que solo quedará excluido un puñado de criminales!

⁵⁹ La ley sobre los procedimientos de los tribunales militares que Dufaure sometió a la aprobación de la Asamblea Nacional abrevió más aún los procesos judiciales estipulados en el «Código de Justicia Militar» de 1857. Ella ratificó el derecho del comandante del Ejército y del ministro de Guerra a llevar a efecto procesos judiciales a su libre discreción, sin necesidad de averiguaciones previas; en tales circunstancias, los juicios, incluidos los recursos de apelación, tenían que ser resueltos y ejecutados en un término de 48 horas.



Y como los «rurales» le interrumpieran violentamente, replicó:

Díganme, señores, se lo suplico, si estoy equivocado. ¿De veras deploran que yo haya podido declarar aquí que los criminales no son en verdad más que un puñado? ¿No es una suerte, en medio de nuestras desgracias, que quienes fueron capaces de derramar la sangre de Clément Thomas y del general Lecomte solo representan raras excepciones?

Sin embargo, Francia no prestó oídos a aquellos discursos que Thiers creía eran cantos de sirena parlamentaria. De los 700 000 concejales elegidos en los 35 000 municipios que aún conservaba Francia, los legitimistas, orleanistas y bonapartistas coligados no obtuvieron siquiera 8000. Las diferentes votaciones complementarias arrojaron resultados aún más hostiles. De este modo, en vez de sacar de las provincias la fuerza material que tanto necesitaba, la Asamblea perdía hasta su último título de fuerza moral: el de ser expresión del sufragio universal de la nación. Para remachar la derrota, los ayuntamientos recién elegidos amenazaron a la Asamblea usurpadora de Versalles con convocar una contraasamblea en Burdeos.

Por fin había llegado para Bismarck el tan esperado momento de lanzarse a la acción decisiva. Ordenó perentoriamente a Thiers que mandase a Francfort delegados plenipotenciarios para sellar definitivamente la paz. Obedeciendo humildemente a la llamada de su señor, Thiers se apresuró a enviar a su fiel Jules Favre, asistido por Pouyer-Quertier. Pouyer-Quertier, «eminente» hilandero de algodón de Ruán, ferviente y hasta servil partidario del Segundo Imperio, jamás había descubierto en este ninguna falta, fuera de su tratado comercial con Inglaterra, atentatorio



para los intereses de su propio negocio⁶⁰. Apenas instalado en Burdeos como ministro de Hacienda de Thiers, denunció este «nefasto» tratado, sugirió su pronta derogación y tuvo incluso el descaro de intentar, aunque en vano (pues echó sus cuentas sin Bismarck), el inmediato restablecimiento de los antiguos aranceles protectores contra Alsacia, donde, según él, no existía el obstáculo de ningún tratado internacional anterior. Este hombre, que veía en la contrarrevolución un medio para rebajar los salarios en Ruán y en la entrega a Prusia de las provincias francesas un medio para subir los precios de sus artículos en Francia, ¿no era este el hombre predestinado para ser elegido por Thiers, en su última y culminante traición, como digno auxiliar de Jules Favre?

A la llegada a Francfort de esta magnífica pareja de delegados plenipotenciarios, el brutal Bismarck los recibió con este dilema categórico: «¡O la restauración del imperio, o la aceptación sin reservas de mis condiciones de paz!». Entre estas condiciones entraba la de acortar los plazos en que había de pagarse la indemnización de guerra y la prórroga de la ocupación de los fuertes de París por las tropas prusianas mientras Bismarck no estuviese satisfecho con el estado de cosas reinante en Francia. De este modo, Prusia era reconocida como supremo árbitro de la política interior francesa. A cambio de esto, ofrecía soltar, para que exterminase a París, al ejército bonapartista que tenía prisionero y prestarle el apoyo directo de las tropas del emperador Guillermo. Como prenda de su buena fe, se prestaba a que el pago del primer plazo de la indemnización se subordinase a la «pacificación» de París. Huelga decir que Thiers y sus

⁶⁰ Se refiere al tratado comercial concluido entre Inglaterra y Francia el 23 de enero de 1860. Se estipuló en dicho tratado la renuncia de Francia a la política de aranceles prohibitivos y se la reemplazó con derechos aduaneros que no debían exceder el 30 por ciento del valor de las mercancías. Este tratado dio a Francia el derecho a exportar, libre de impuestos, la mayor parte de sus mercancías a Inglaterra. Concluido el tratado, el extenso flujo de mercancías inglesas hacia Francia aumentó enormemente la competencia en su mercado interno y despertó el descontento de los fabricantes franceses.



delegados plenipotenciarios se apresuraron a tragar esta sabrosa carnada. El tratado de paz fue firmado por ellos el 10 de mayo y ratificado por la Asamblea de Versalles el 18 del mismo mes.

En el intervalo entre la conclusión de la paz y la llegada de los prisioneros bonapartistas, Thiers se creyó tanto más obligado a reanudar su comedia de reconciliación cuanto que los republicanos, sus instrumentos, estaban apremiantemente necesitados de un pretexto que les permitiese cerrar los ojos a los preparativos para la carnicería de París. Todavía el 8 de mayo contestaba a una comisión de conciliadores de la clase media: «Tan pronto como los insurrectos se decidan a capitular, las puertas de París se abrirán de par en par durante una semana para todos, con la sola excepción de los asesinos de los generales Clément Thomas y Lecomte».

Pocos días después, interpelado violentamente por los «rurales» acerca de estas promesas, se negó a entrar en ningún género de explicaciones; pero no sin hacer esta alusión significativa: «Les digo que entre ustedes hay hombres impacientes, hombres que tienen demasiada prisa. Que aguarden otros ocho días; al cabo de ellos, el peligro habrá pasado y la tarea estará a la altura de su valentía y capacidad». Tan pronto como Mac-Mahon pudo garantizarle que en breve plazo podría entrar en París, Thiers declaró ante la Asamblea que «entraría en París con la ley en la mano y exigiendo una expiación cumplida a los miserables que habían sacrificado vidas de soldados y destruido monumentos públicos». Al acercarse el momento decisivo, dijo a la Asamblea Nacional: «¡Seré implacable!»; a París, que no había salvación para él; y a sus bandidos bonapartistas que se les daba carta blanca para vengarse de París a discreción. Por último, cuando el 21 de mayo la traición abrió las puertas de la ciudad al general



Douay, Thiers pudo descubrir el día 22 a los «rurales» el «objetivo» de su comedia de reconciliación, que tanto se habían obstinado en no comprender: «Les dije hace pocos días que nos estábamos acercando a nuestro objetivo; hoy vengo a decirles que el objetivo está alcanzado. ¡El triunfo del orden, de la justicia y de la civilización se consiguió por fin!».

Así era. La civilización y la justicia del orden burgués aparecen en todo su siniestro esplendor dondequiera que los esclavos y los parias de este orden osan rebelarse contra sus señores. En tales momentos, esa civilización y esa justicia se muestran como lo que son: salvajismo descarado y venganza sin ley. Cada nueva crisis que se produce en la lucha de clases entre los productores y los apropiadores hace resaltar este hecho con mayor claridad. Hasta las atrocidades cometidas por la burguesía en junio de 1848 palidecen ante la infamia indescriptible de 1871. El heroísmo abnegado con que la población de París —hombres, mujeres y niños— luchó por espacio de ocho días después de la entrada de los versalleses en la ciudad, refleja la grandeza de su causa, como las hazañas infernales de la soldadesca reflejan el espíritu innato de esa civilización, de la que es el brazo vengador y mercenario. ¡Gloriosa civilización esta, cuyo gran problema estriba en saber cómo desprenderse de los montones de cadáveres hechos por ella después de haber cesado la batalla!

Para encontrar un paralelo con la conducta de Thiers y de sus perros de presa hay que remontarse a los tiempos de Sila y de los dos triunviratos romanos⁶¹. Las mismas matanzas

⁶¹ Se refiere a la situación de terror y de sangrienta represión durante el período de aguda lucha político-social en la antigua Roma, y a diferentes etapas de la crisis dentro de la república romana esclavista en el siglo I a. C. La Dictadura de Sila (82-79 a. C.) —Sila, lacayo de la nobleza esclavista— estuvo acompañada por el genocidio cometido contra los representantes de los grupos hostiles a los esclavistas. Fue bajo su dominio cuando se establecieron por primera vez las proscripciones, es decir, listas de personas a las que cualquier romano tenía el derecho de matar sin fórmula de juicio. Los dos triunviratos de Roma (60-53 y 43-36 a. C.): un triunvirato era la dictadura de los tres más influyentes generales romanos que se dividían el poder entre sí. El primer triunvirato fue el que encabezaron Pompeyo, César y Craso; y el segundo, el de Octavio, Antonio y Lépido. El triunvirato representó



en masa a sangre fría; el mismo desdén, en la matanza, para la edad y el sexo; el mismo sistema de torturas a los prisioneros; las mismas proscripciones pero ahora de toda una clase; la misma batida salvaje contra los jefes escondidos, para que ni uno solo se escape; las mismas delaciones de enemigos políticos y personales; la misma indiferencia ante la carnicería de personas completamente ajenas a la contienda. No hay más que una diferencia, y es que los romanos no disponían de *mitrailleuses* para despachar a los proscritos en masa y que no actuaban «con la ley en la mano» ni con el grito de «civilización» en los labios.

Y tras estos horrores, volvamos la vista a otro aspecto, todavía más repugnante, de esa civilización burguesa, tal como su propia prensa lo describe. Escribe el corresponsal parisino de un periódico conservador de Londres:

Mientras a lo lejos se oyen todavía disparos sueltos y entre las tumbas del cementerio de Père Lachaise agonizan infelices heridos abandonados; mientras 6000 insurrectos aterrados vagan en una agonía de desesperación en el laberinto de las catacumbas y por las calles se ven todavía infelices llevados a rastras para ser segados en montón por las *mitrailleuses*, resulta indignante ver los *cafés* llenos de bebedores de ajeno y de jugadores de billar y de dominó; ver cómo las mujeres del vicio deambulan por los bulevares y oír cómo el estrépito de las orgías en los *cabinets particuliers* [reservados] de los restaurantes distinguidos turban el silencio de la noche.

El señor Edouard Hervé escribe en el *Journal de Paris*⁶², periódico de Versalles suprimido por la Comuna:

una fase en la lucha por la liquidación de la república romana y por la formación de un régimen de monarquía absoluta. Los dos triunviratos emplearon ampliamente el método de la liquidación física de sus adversarios. A la caída de los dos triunviratos siguió una guerra civil sangrienta en la que se mataban unos con otros.

⁶² *Journal de Paris*, semanario que se publicó en París a partir de 1867. Apoyó a los monarquistas orleanistas.



El modo en que la población de París (!) manifestó ayer su satisfacción era más que frívolo y tememos que se agrave con el tiempo. París presenta ahora un aire de día de fiesta lamentablemente poco apropiado. Si no queremos que nos llamen los parisinos de la decadencia, debemos poner término a tal estado de cosas.

Y a continuación cita el pasaje de Tácito:

Y sin embargo, a la mañana siguiente de aquella horrible batalla y aun antes de haberse terminado, Roma, degradada y corrompida, comenzó a revolcarse de nuevo en la charca de voluptuosidad que destruía su cuerpo y encenagaba su alma — *alibi proelia et vulnera, alibi balnea popinaeque* (aquí combates y heridas, allí baños y festines)—⁶³.

El señor Hervé solo se olvida de aclarar que la «población de París» de que él habla es, exclusivamente, la población del París del señor Thiers: los *francs-fleurs* que volvían en tropel de Versalles, de Saint Denis, de Rueil y de Saint Germain, el París de la «decadencia».

En cada uno de sus triunfos sangrientos sobre los abnegados paladines de una sociedad nueva y mejor, esta infame civilización, basada en la esclavización del trabajo, ahoga los gemidos de sus víctimas en un clamor salvaje de calumnias, que encuentran eco en todo el orbe. Los perros de presa del «orden» transforman de pronto en un infierno el sereno París obrero de la Comuna. ¿Y qué es lo que demuestra este tremendo cambio a las mentes burguesas de todos los países? ¡Demuestra, sencillamente, que la Comuna se ha amotinado contra la civilización! El pueblo de París, lleno de entusiasmo, muere por la Comuna en número no igualado

⁶³ Estos dos pasajes han sido citados de un artículo escrito por el publicista francés Edouard Hervé, que apareció en el *Journal de París*, en su edición 138, el 31 de mayo de 1871. En cuanto a la cita de Tácito, véase *Historias* de Tácito, Libro III, cap. 83.

por ninguna batalla de la historia. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra sencillamente que la Comuna no era el gobierno propio del pueblo, sino la usurpación del poder por un puñado de criminales! Las mujeres de París dan alegremente sus vidas en las barricadas y ante los pelotones de ejecución. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente, que el demonio de la Comuna las ha convertido en Megeras y Hécates! La moderación de la Comuna durante los dos meses de su dominación indisputada solo es igualada por el heroísmo de su defensa. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente, que durante dos meses, la Comuna ocultó cuidadosamente bajo una careta de moderación y de humanidad la sed de sangre de sus instintos satánicos, para darle rienda suelta en la hora de su agonía!

En el momento del heroico holocausto de sí mismo, el París obrero envolvió en llamas edificios y monumentos. Cuando los esclavizadores del proletariado descuartizan su cuerpo vivo, no deben seguir abrigando la esperanza de retornar en triunfo a los muros intactos de sus casas. El gobierno de Versalles grita: «¡Incendiarlos!», y susurra esta consigna a todos sus agentes, hasta en la aldea más remota, para que acosen a sus enemigos por todas partes como incendiarios profesionales. La burguesía del mundo entero, que mira complacida la matanza en masa después de la lucha, ¡se estremece de horror ante la profanación del ladrillo y la argamasa!

Cuando los gobiernos dan a sus flotas de guerra carta blanca para «matar, quemar y destruir», ¿dan o no dan carta blanca a incendiarios? Cuando las tropas británicas prendieron fuego alegremente al Capitolio de Washington o al



Palacio de Verano del emperador de China⁶⁴, ¿eran o no incendiarias? Cuando los prusianos, no por razones militares, sino por mero espíritu de venganza, hicieron arder con ayuda del petróleo poblaciones enteras como Châteaudun e innumerables aldeas, ¿eran o no incendiarios? Cuando Thiers bombardeó a París durante seis semanas, bajo el pretexto de que solo quería prender fuego a las casas en que había gente, ¿era o no incendiario? En la guerra, el fuego es un arma tan legítima como cualquier otra. Los edificios ocupados por el enemigo son bombardeados para prenderles fuego. Y si sus defensores se ven obligados a evacuarlos, ellos mismos los incendian, para evitar que los atacantes se apoyen en ellos. El ser pasto de las llamas ha sido siempre el destino ineludible de los edificios situados en el frente de combate de todos los ejércitos regulares del mundo. ¡Pero he aquí que en la guerra de los esclavizados contra los esclavizadores —la única guerra justificada de la historia— este argumento ya no es válido en absoluto! La Comuna se sirvió del fuego pura y exclusivamente como un medio de defensa. Lo empleó para cortar el avance de las tropas de Versalles por aquellas avenidas largas y rectas que Haussmann había abierto expresamente para el fuego de la artillería; lo empleó para cubrir la retirada, del mismo modo que los versalleses, al avanzar, emplearon sus granadas, que destruyeron, por lo menos, tantos edificios como el fuego de la Comuna. Todavía no se sabe a ciencia cierta cuáles edificios fueron incendiados por los defensores y cuáles por los atacantes. Y los defensores no recurrieron al fuego hasta que las tropas versallesas no habían comenzado su matanza en masa de prisioneros. Además, la Comuna había anunciado

⁶⁴ En agosto de 1814, durante la Guerra anglo-estadounidense, las tropas inglesas, al apoderarse de Washington, incendiaron el Capitolio (el edificio del Congreso), la Casa Blanca y otros edificios públicos. En octubre de 1860, durante la guerra colonial librada por Gran Bretaña y Francia contra China, las tropas anglo-francesas saquearon y luego quemaron el Palacio Yuan Ming Yuan, que quedaba cerca de Pekín, y que constituía un gran tesoro artístico y arquitectónico.



públicamente, desde hacía mucho tiempo, que, empujada al extremo, se enterraría entre las ruinas de París y haría de esta capital un segundo Moscú; cosa que el gobierno de defensa nacional había prometido también hacer, claro que solo como disfraz, para encubrir su traición. Trochu había preparado el petróleo necesario para esta eventualidad. La Comuna sabía que a sus enemigos no les importaban las vidas del pueblo de París, pero que en cambio les importaban mucho los edificios parisinos de su propiedad. Por otra parte, Thiers había hecho ya saber que sería implacable en su venganza. Apenas vio, de un lado, a su ejército en orden de batalla y del otro, a los prusianos cerrando la salida, exclamó: «¡Seré inexorable! ¡El castigo será completo y la justicia severa!». Si los actos de los obreros de París fueron de vandalismo, era el vandalismo de la defensa desesperada, no un vandalismo de triunfo, como aquel de que los cristianos dieron prueba al destruir los tesoros artísticos, realmente inestimables de la antigüedad pagana. Pero incluso este vandalismo ha sido justificado por los historiadores como un accidente inevitable y relativamente insignificante, en comparación con aquella lucha titánica entre una sociedad nueva que surgía y otra vieja que se derrumbaba. Y aún menos se parecía al vandalismo de un Haussmann, que arrasó el París histórico, para dejar sitio al París de los ociosos.

Pero, ¡y la ejecución por la Comuna de los sesenta y cuatro rehenes, con el Arzobispo de París a la cabeza! La burguesía y su ejército restablecieron en junio de 1848 una costumbre que había desaparecido desde hacía largo tiempo de las prácticas guerreras: la de fusilar a sus prisioneros indefensos. Desde entonces, esta costumbre brutal ha encontrado la adhesión más o menos estricta de todos los aplastadores de conmociones populares en Europa y en la India, demostrando con ello que constituye un verdadero «progreso de



la civilización». Por otra parte, los prusianos restablecieron en Francia la práctica de tomar rehenes; personas inocentes a quienes se hacía responder con sus vidas de los actos de otros. Cuando Thiers, como hemos visto, puso en práctica desde el primer momento la humana costumbre de fusilar a los comuneros apresados, la Comuna, para proteger sus vidas, se vio obligada a recurrir a la práctica prusiana de tomar rehenes. Las vidas de estos rehenes ya habían sido condenadas repetidas veces por los incesantes fusilamientos de prisioneros a manos de las tropas versallesas. ¿Quién podía seguir guardando sus vidas después de la carnicería con que los pretorianos⁶⁵ de MacMahon celebraron su entrada en París? ¿Había de convertirse también en una burla la última medida —la toma de rehenes— con que se aspiraba a contener el salvajismo desenfrenado de los gobiernos burgueses? El verdadero asesino del arzobispo Darboy es Thiers. La Comuna propuso repetidas veces el canje del arzobispo y de otro montón de clérigos por un solo prisionero, Blanqui, que Thiers tenía entonces en sus garras. Y Thiers se negó tenazmente. Sabía que entregando a Blanqui daría a la Comuna una cabeza, mientras que el arzobispo serviría mejor a sus fines como cadáver. Thiers seguía aquí las huellas de Cavaignac. ¿Acaso en junio de 1848 Cavaignac y sus gentes del Orden no habían lanzado gritos de horror, estigmatizando a los insurrectos como asesinos del arzobispo Affre? Y ellos sabían perfectamente que el arzobispo había sido fusilado por las tropas del Partido del Orden. Jacquemet, vicario general del arzobispo que había asistido a la ejecución, se lo había certificado inmediatamente después de ocurrir esta.

⁶⁵ Pretorianos era el nombre que se daba en la antigua Roma a los privilegiados guardias privados de los generales y del emperador. En tiempos del imperio Romano, los pretorianos participaban constantemente en rivalidades internas y a menudo colocaban en el trono a sus protegidos. Luego la palabra «pretoriano» se convirtió en sinónimo de mercenario y en apelativo de todos aquellos que cometían ultrajes e imponían el dominio arbitrario de camarillas militares.



Todo este coro de calumnias, que el Partido del Orden, en sus orgías de sangre, no deja nunca de alzar contra sus víctimas, solo demuestra que el burgués de nuestros días se considera el legítimo heredero del antiguo señor feudal, para quien todas las armas eran buenas contra los plebeyos, mientras que en manos de estos, toda arma constituía por sí sola un crimen.

La conspiración de la clase dominante para aplastar la revolución por medio de una guerra civil montada bajo el patronato del invasor extranjero —conspiración que hemos ido siguiendo desde el mismo 4 de septiembre hasta la entrada de los pretorianos de Mac-Mahon por la puerta de Saint-Cloud— culminó en la carnicería de París. Bismarck se deleita ante las ruinas de París, en las que ha visto tal vez el primer paso de aquella destrucción general de las grandes ciudades que había sido su sueño dorado cuando no era más que un simple «rural» en los escaños de la *Chambre introuvable* prusiana de 1849⁶⁶. Se deleita ante los cadáveres del proletariado de París. Para él, esto no es solo el exterminio de la revolución, es además el aniquilamiento de Francia, que ahora queda decapitada de veras, y por obra del propio gobierno francés. Con la superficialidad que caracteriza a todos los estadistas afortunados, no ve más que el aspecto externo de este formidable acontecimiento histórico. ¿Cuándo había brindado la historia el espectáculo de un conquistador que coronaba su victoria convirtiéndose, no solamente en el gendarme, sino también en el sicario del gobierno vencido? Entre Prusia y la Comuna de París no

⁶⁶ Con el término *Chambre introuvable de la Prusse*, semejante a la ultrarreaccionaria *Chambre introuvable* de Francia de 1815 a 1816, Marx se refería al parlamento prusiano elegido entre enero y febrero de 1849 de acuerdo a la Constitución acordada por el rey de Prusia el 5 de diciembre de 1848, día del contrarrevolucionario *coup d'Etat*. De acuerdo con esta Constitución, el parlamento constaba de la privilegiada «Cámara de los Señores» aristócratas y la Cámara Baja, cuyos componentes eran elegidos en dos turnos únicamente por los llamados «prusianos independientes»; esto aseguró el predominio de los *junkers* burócratas y de los elementos del ala derecha de la burguesía. Bismarck, quien fue elegido para la Cámara Baja, era uno de los líderes del grupo *junker* de la extrema derecha.



había guerra. Por el contrario, la Comuna había aceptado los preliminares de paz y Prusia se había declarado neutral. Prusia no era, por tanto, beligerante. Desempeñó el papel de un matón; de un matón cobarde, puesto que no arrojaba ningún peligro; y de un matón a sueldo, porque se había estipulado de antemano que el pago de sus 500 millones teñidos en sangre no sería hecho hasta después de la caída de París. De este modo, se revelaba, por fin, el verdadero carácter de la guerra, de esa guerra ordenada por la Providencia como castigo de la impía y corrompida Francia por la muy moral y piadosa Alemania. Y esta violación sin precedente del derecho de las naciones, incluso en la interpretación de los juristas del viejo mundo, en vez de poner en pie a los gobiernos «civilizados» de Europa para declarar fuera de la ley internacional al felón gobierno prusiano, simple instrumento del gobierno de San Petersburgo, les incita únicamente a preguntarse ¡si las pocas víctimas que consiguen escapar por entre el doble cordón que rodea a París no deberán ser entregadas también al verdugo de Versalles!

El hecho sin precedente de que después de la guerra más tremenda de los tiempos modernos, el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado, no representa, como cree Bismarck, el aplastamiento definitivo de la nueva sociedad que avanza, sino el desmoronamiento completo de la sociedad burguesa. La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una impostura de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, de la que se prescinde tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil. La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado.



Después del domingo de Pentecostés de 1871, ya no puede haber paz ni tregua posible entre los obreros de Francia y los que se apropian el producto de su trabajo. El puño de hierro de la soldadesca mercenaria podrá tener sujetas, durante cierto tiempo, a estas dos clases, pero la lucha volverá a estallar una y otra vez en proporciones crecientes. No puede haber duda sobre quién será a la postre el vencedor: si los pocos que viven del trabajo ajeno o la inmensa mayoría que trabaja. Y la clase obrera francesa no es más que la vanguardia del proletariado moderno.

Los gobiernos de Europa, mientras atestiguan así, ante París, el carácter internacional de su dominación de clase, braman contra la Asociación Internacional de los Trabajadores —la contraorganización internacional del trabajo frente a la conspiración cosmopolita del capital—, como la fuente principal de todos estos desastres. Thiers la denunció como déspota del trabajo que pretende ser su libertador. Picard ordenó que se cortasen todos los enlaces entre los miembros franceses y extranjeros de la Internacional. El conde de Jaubert, una momia que fue cómplice de Thiers en 1835, declara que el exterminio de la Internacional es el gran problema de todos los gobiernos civilizados. Los «rurales» braman contra ella y la prensa europea se agrega unánimemente al coro. Un escritor francés honrado, absolutamente ajeno a nuestra Asociación, se expresa en los siguientes términos:

Los miembros del Comité Central de la Guardia Nacional, así como la mayor parte de los miembros de la Comuna, son las cabezas más activas, inteligentes y enérgicas de la Asociación Internacional de los Trabajadores... Hombres absolutamente honrados, sinceros, inteligentes, abnegados, puros y fanáticos en el *buen* sentido de la palabra.



Naturalmente, la mente burguesa, con su contextura policíaca, se figura a la Asociación Internacional de los Trabajadores como una especie de conspiración secreta con un organismo central que ordena de vez en cuando explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países del mundo civilizado. Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia. El terreno del cual brota nuestra Asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea la carnicería. Para hacerlo, los gobiernos tendrían que exterminar el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria.

El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera. Y a sus exterminadores la historia los ha clavado ya en una picota eterna, de la que no lograrán redimirlos todas las preces de su clerigalla.

Consejo General

M. J. Boon, Fred. Bradnick, G. H. Buttery, Caihil, Delayhaye, William Hales, A. Hermann, Kolb, Fred. Lessner, Lochner, T. P. Macdonnell, George Milner, Thomas Mottershead, Ch. Mills, Charles Murray, Pfänder, Roach, Rochat, Rühl, Sadler, A. Serrailier, Cowell Stepney, Alfred Taylor, William Townshend.



Secretarios correspondientes

Eugene Dupont, por Francia.

Karl Marx, por Alemania y Holanda.

Friederich Engels, por Bélgica y España.

Hermann Jung, por Suiza.

P. Giovacchini, por Italia.

Zévy Maurice, por Hungría.

Anton Zabicki, por Polonia.

James Cohen, por Dinamarca.

J.G. Eccarius, por Estados Unidos.

Hermann Jung, Presidente.

John Weston, Tesorero.

George Harris, Secretario de Finanzas.

John Hales, Secretario General.

Oficina: 256, High Holborn, Londres, W.C.

30 de mayo de 1871.



Apéndices

I

La columna de prisioneros se detuvo en la avenida Uhrich y fue formada, de cuatro o cinco en fondo, en la acera, de frente a la calle. El general marqués de Galliffet y su Estado Mayor bajaron de los caballos y empezaron a pasar revista de izquierda a derecha. El general andaba lentamente, observando las filas; de vez en cuando, se detenía y tocaba a un prisionero en el hombro o le llamaba con un movimiento de cabeza si estaba en las filas de atrás. En la mayoría de los casos, los seleccionados por este procedimiento, sin más trámites, eran colocados en medio de la calle, donde formaron en seguida una pequeña columna aparte... La posibilidad de error era, evidentemente, considerable. Un oficial montado señaló al general Galliffet a un hombre y a una mujer como culpables de algún crimen. La mujer salió corriendo de la fila, se puso de rodillas, y, con los brazos abiertos, protestó de su inocencia en términos de gran emoción. El general aguardó unos instantes y luego con rostro impasible, y sin moverse, dijo: «Madame, conozco todos los teatros de París: no se moleste usted en hacer comedias (*ce n'est pas la peine de jouer la comédie*)» [...]. Ese día para nadie era una buena cosa destacarse por ser más alto, más sucio, más limpio, más viejo o más feo que sus vecinos. Me llamó la atención en particular un hombre con la nariz partida que seguramente a causa de este detalle se vio rápidamente liberado de los males de este mundo... De este modo fueron seleccionados más de cien; se destacó un pelotón de fusilamiento y la columna siguió su marcha dejándoles atrás. A los pocos minutos, comenzó a nuestra espalda un fuego intermitente, que duró más de un cuarto de hora. Estaban ejecutando a aquellos desgraciados, condenados tan sumarísimamente.



Corresponsal del *Daily News* en París, 8 de junio

A este Galliffet, «el chulo de su mujer, tan famosa por las desvergonzadas exhibiciones de su cuerpo en las orgías del Segundo Imperio», se le conocía durante la guerra con el nombre del francés «Alférez Pistola».

Le Temps, que es un periódico prudente y poco dado al sensacionalismo, relata una historia escalofriante de gentes a medio fusilar y enterradas todavía con vida. En la plaza de Saint-Jacques-la-Bouchiere fue enterrado un gran número de personas; algunas de ellas muy superficialmente. Durante el día, el ruido de la calle no permitía oír nada, pero en el silencio de la noche los vecinos de las casas circundantes se despertaron al oír gemidos lejanos, y por la mañana se vio saliendo del suelo una mano crispada. A consecuencia de esto se ordenó que se desenterrasen los cadáveres [...]. Que muchos heridos fueron enterrados con vida es cosa que no me ofrece la menor duda. Hay un caso del que puedo responder personalmente. El 24 de mayo fue fusilado Brunel con su amante en el patio de una casa de la plaza Vendôme, donde estuvieron tirados sus cuerpos hasta la tarde del 27. Cuando por fin vinieron a retirar los cadáveres, vieron que la mujer aún tenía vida y la llevaron a un hospitalillo. Aunque había recibido cuatro balazos, está ya fuera de peligro.

Corresponsal del *Evening Standard* en París, 8 de junio

II

La siguiente carta apareció en el *Times* [de Londres] el 13 de junio.

Al editor del Times:

Muy señor mío: El 6 de junio de 1871, el señor Jules Favre envió una circular a todos los gobiernos de Europa, pidiendo



la persecución a muerte de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Unas pocas observaciones bastarán para dar a conocer el carácter de este documento.

En el preámbulo de nuestros Estatutos se declara que la Internacional fue fundada el 28 de septiembre de 1864 en una Asamblea pública celebrada en Saint Martin's Hall, Long Acre, en Londres. Por razones que él conoce mejor que nadie, Jules Favre adelanta su origen a un tiempo anterior a 1862.

Para ilustrar nuestros principios, pretende citar «su (de la Internacional) impreso del 25 de marzo de 1869». ¿Y qué es lo que cita? Un impreso de una Asociación que no es la Internacional. El ya empleaba esta clase de maniobras cuando, siendo aún un abogado bastante joven, defendía al periódico parisino *National* contra la demanda por calumnia entablada por Cabet. Entonces simulaba leer citas de los folletos de Cabet, cuando en realidad lo que leía eran párrafos de su propia cosecha agregados al texto. Pero esta superchería fue desenmascarada ante el Tribunal en pleno y, si Cabet no hubiera sido tan indulgente, Favre habría sido expulsado del Colegio de Abogados de París. De todos los documentos que él cita como pertenecientes a la Internacional, ni uno solo pertenece a esta. Así, afirma: «La alianza se declara atea — dice el Consejo General constituido en Londres, en julio de 1869». El Consejo General jamás ha publicado semejante documento. Por el contrario, publicó uno que anulaba los estatutos originales de la «Alianza» —*L'Alliance de la Démocratie Socialiste de Ginebra*— citados por Jules Favre.

En toda su circular, que en parte pretende también estar dirigida contra el Imperio, Jules Favre, para atacar a la Internacional, no hace más que repetir las fábulas policíacas de los fiscales del Imperio. Fábulas tan pobres que hasta se venían abajo ante los propios tribunales del Imperio.

Es sabido que el Consejo General de la Internacional en sus dos manifiestos (de julio y septiembre del año pasado) sobre la guerra de entonces, denunciaba los planes de conquista de



Prusia contra Francia. Después de esto, el señor Reitlinger, secretario particular de Jules Favre, se dirigió (en vano, naturalmente) a algunos miembros del Consejo General para que el Consejo preparase una manifestación antibismarckiana y a favor del gobierno de defensa nacional. Se les rogaba encarecidamente no hacer la menor mención de la República. Los preparativos para una manifestación cuando se esperaba la llegada de Jules Favre a Londres, fueron hechos —seguramente con la mejor de las intenciones— contra la voluntad del Consejo General, que en su manifiesto del 9 de septiembre previno claramente a los trabajadores de París contra Favre y sus colegas.

¿Qué le parecería a Jules Favre si, por su parte, el Consejo General de la Internacional enviase una circular sobre Jules Favre a todos los gobiernos de Europa, llamando su atención sobre los documentos publicados en París por el difunto señor Millière?

Suyo, S.S.

John Hales
Secretario del Consejo General de la Asociación
Internacional de los Trabajadores.
256, High Holborn, Londres, W. C.
12 de junio.

En un artículo sobre «La Asociación Internacional y sus fines», el *Spectator* londinense (del 24 de junio), en calidad de pío denunciante, tiene, entre otras habilidades de este género, la de citar, aún más ampliamente que Favre, el mencionado documento de la «Alianza» como si fuera de la Internacional. Y esto, once días después de la publicación en el *Times* de la anterior rectificación. La cosa no puede extrañarnos. Ya decía Federico el Grande que de todos los jesuitas, los peores son los protestantes.





Bangunlah kaum yang terhina, bangunlah kaum yang lapar!



Kebendak yang mulia dalam dunia, senantiasa tambah besar.



Lenjapkan adat dan paham tua, kita rakyat sadar-sadar.



Dunia sudah berganti rupa, untuk kemenangan kita.



है जंग हमारी आखरी, जिस पर है फैसला.



गाओ इन्तर्नास्योनाल्!



उठो! के वक्त आया!

El Estado y la revolución

Capítulo III - La experiencia de la Comuna de París de 1871. El análisis de Marx

Vladimir Lenin

1. ¿En qué consiste el heroísmo de la tentativa de los comuneros?

Es sabido que algunos meses antes de la Comuna, en el otoño de 1870, Marx previno a los obreros de París; mostrándoles que la tentativa de derribar el gobierno sería un disparate dictado por la desesperación. Pero cuando en marzo de 1871 se impuso a los obreros el combate decisivo y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el más grande entusiasmo, a pesar de todos los malos augurios. Marx no se aferró a la condena pedantesca de un movimiento «extemporáneo», como el tristemente célebre renegado ruso del marxismo Plejánov, que en noviembre de 1905 había escrito alentando a la lucha a los obreros y campesinos y que después de diciembre de 1905 se puso a gritar como un liberal cualquiera: «¡No se debía haber empuñado las armas!». Marx, por el contrario, no se contentó con entusiasmarse ante el heroísmo de los comuneros, que, según sus palabras, «tomaban el cielo por asalto». Marx veía en aquel movimiento revolucionario de masas, aunque este no llegó a al-



canzar sus objetivos, una experiencia histórica de grandiosa importancia, un cierto paso hacia adelante de la revolución proletaria mundial, un paso práctico más importante que cientos de programas y de raciocinios. Analizar esta experiencia, sacar de ella las enseñanzas tácticas, revisar a la luz de ella su teoría: he aquí cómo concebía su misión Marx.

La única «corrección» que Marx consideró necesario introducir en el *Manifiesto comunista* fue hecha por él a base de la experiencia revolucionaria de los comuneros de París.

El último prólogo a la nueva edición alemana del *Manifiesto comunista*, suscrito por sus dos autores, lleva la fecha de 24 de junio de 1872. En este prólogo, los autores, Carlos Marx y Federico Engels, dicen que el programa del *Manifiesto comunista* está «ahora anticuado en ciertos puntos».

«... La Comuna ha demostrado, sobre todo —continúan—, que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines...”».

Las palabras puestas entre comillas en esta cita fueron tomadas por sus autores de la obra de Marx «La guerra civil en Francia».

Así, pues, Marx y Engels atribuían una importancia tan gigantesca a esta enseñanza fundamental y principal de la Comuna de París, que la introdujeron como corrección esencial en el *Manifiesto comunista*.

Es sobremanera característico que precisamente esta corrección esencial haya sido tergiversada por los oportunistas y que su sentido sea, probablemente, desconocido de las nueve décimas partes, si no del noventa y nueve por ciento de los lectores del *Manifiesto comunista*. De esta tergiversación trataremos en detalle más abajo, en el capítulo con-



sagrado especialmente a las tergiversaciones. Aquí, bastará señalar que la manera corriente, vulgar, de «entender» las notables palabras de Marx citadas por nosotros consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, por oposición a la toma del poder por la violencia, y otras cosas por el estilo.

En realidad, es precisamente lo contrario. El pensamiento de Marx consiste en que la clase obrera debe destruir, romper la «máquina estatal existente» y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.

El 12 de abril de 1871, es decir, justamente en plena Comuna, Marx escribió a Kugelmann:

Si te fijas en el último capítulo de mi *18 Brumario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa, no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como se venía haciendo hasta ahora, sino *romperla* [subrayado por Marx; en el original *zerbrechen*], y esta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París (pág. 709 de la revista «Neue Zeit», t. XX, I, año 1901-1902). (Las cartas de Marx a Kugelmann han sido publicadas en ruso no menos que en dos ediciones, una de ellas redactada por mí y con un prólogo mío.)

En estas palabras: «romper la máquina burocrático-militar del Estado», se encierra, concisamente expresada, la enseñanza fundamental del marxismo en punto a la cuestión de las tareas del proletariado en la revolución respecto al Estado. ¡Y esta enseñanza es precisamente la que no solo olvida en absoluto, sino que tergiversa directamente la «interpretación» imperante, kautskiana, del marxismo!



En cuanto a la referencia de Marx al *18 Brumario*, más arriba hemos citado en su integridad el pasaje correspondiente.

Interesa señalar especialmente dos lugares en el mencionado pasaje de Marx. En primer término, Marx limita su conclusión al continente. Esto era lógico en 1871, cuando Inglaterra era todavía un modelo de país netamente capitalista, pero sin militarismo y, en una medida considerable, sin burocracia. Por eso, Marx excluía a Inglaterra, donde la revolución, e incluso una revolución popular, se consideraba y era entonces posible sin la condición previa de destruir «la máquina estatal existente». Hoy, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene razón de ser. Inglaterra y Norteamérica, los más grandes y los últimos representantes —en el mundo entero— de la «libertad» anglosajona, en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han ido rodando completamente al inmundo y sangriento pantano, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y en Norteamérica es «condición previa de toda revolución verdaderamente popular» el romper, el destruir, la «máquina estatal existente» (y que allí ha alcanzado, en los años de 1914 a 1917, la perfección «europea», la perfección común al imperialismo).

En segundo lugar, merece especial atención la observación extraordinariamente profunda de Marx de que la destrucción de la máquina burocrático-militar del Estado es «condición previa de toda revolución verdaderamente popular».

Este concepto de revolución «popular» parece extraño en boca de Marx, y los plejanovistas y mencheviques rusos, es-



tos secuaces de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez explicar esta expresión de Marx como un «*lapsus*». Han reducido el marxismo a una deformación liberal tan mezquina, que, para ellos, no existe más que la antítesis entre revolución burguesa y proletaria, y hasta esta antítesis la comprenden de un modo increíblemente escolástico.

Si tomamos como ejemplos las revoluciones del siglo XX, tendremos que reconocer como burguesas, naturalmente, también las revoluciones portuguesa y turca. Pero ni la una ni la otra son revoluciones «populares», pues ni en la una ni en la otra actúa perceptiblemente, de un modo activo, por propia iniciativa, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas, la masa del pueblo, la inmensa mayoría de este. En cambio, la revolución burguesa rusa de 1905 a 1907, aunque no registrase éxitos tan «brillantes» como los que alcanzaron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca, fue, sin duda, una revolución «verdaderamente popular», pues la masa del pueblo, la mayoría de este, las «más bajas capas» sociales, aplastadas por el yugo y la explotación, se levantaron por propia iniciativa, estamparon en todo el curso de la revolución el sello de sus reivindicaciones, de sus intentos de construir a su modo una nueva sociedad en lugar de la sociedad vieja que era destruida.

En la Europa de 1871, el proletariado no formaba la mayoría ni en un solo país del continente. Una revolución «popular», que arrastrase al movimiento verdaderamente a la mayoría, solo podía ser aquella que abarcase tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban en aquel entonces el «pueblo». Ambas clases están unidas por el hecho de que la «máquina burocrático-militar del Estado» las oprime, las esclaviza, las explota. Destruir, romper



esta máquina: tal es el verdadero interés del «pueblo», de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, tal es la «condición previa» para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios, sin cuya alianza la democracia será precaria, y la transformación socialista, imposible.

Hacia esta alianza precisamente se abría camino, como es sabido, la Comuna de París, si bien no alcanzó su objetivo por una serie de causas de carácter interno y externo.

Consiguientemente, al hablar de una «revolución verdaderamente popular», Marx, sin olvidar para nada las características de la pequeña burguesía (de las cuales habló mucho y con frecuencia), tenía en cuenta con la mayor precisión la correlación efectiva de clases en la mayoría de los Estados continentales de Europa, en 1871. Y, de otra parte, constataba que la «destrucción» de la máquina estatal responde a los intereses de los obreros y campesinos, los que, plantea ante ellos la tarea común de suprimir al «parásito» y sustituirlo por algo nuevo.

¿Pero con qué sustituirlo concretamente?

2. ¿Con qué sustituir la máquina del estado una vez destruida?

En 1847, en el *Manifiesto Comunista*, Marx daba a esta pregunta una respuesta todavía completamente abstracta, o, más exactamente, una respuesta que señalaba las tareas, pero no los medios para resolverlas. Sustituir la máquina del Estado, una vez destruida, por la «organización del proletariado como clase dominante», «por la conquista de la democracia»: tal era la respuesta del *Manifiesto comunista*.



Sin perderse en utopías, Marx esperaba de la experiencia del movimiento de masas la respuesta a la cuestión de qué formas concretas habría de revestir esta organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización habría de coordinarse con la «conquista de la democracia» más completa y más consecuente.

En *La Guerra civil en Francia*, Marx somete al análisis más atento la experiencia de la Comuna, por breve que esta experiencia haya sido. Citemos los pasajes más importantes de esta obra.

En el siglo XIX, se desarrolló, procedente de la Edad Media, «el poder centralizado del Estado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura». Con el desarrollo del antagonismo de clase entre el capital y el trabajo,

el Poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de un poder público para la opresión del trabajo, el carácter de una máquina de dominación de clase. Después de cada revolución, que marcaba un paso adelante en la lucha de clases, se acusaba con rasgos cada vez más salientes el carácter puramente opresor del Poder del Estado.

Después de la revolución de 1848-1849, el Poder del Estado se convierte en un «arma nacional de guerra del capital contra el trabajo». El Segundo Imperio lo consolida.

«La antítesis directa del Imperio era la Comuna». «Era la forma definida [...] de aquella república que no había de abolir tan solo la forma monárquica de la dominación de clase, sino la dominación misma de clase».

¿En qué había consistido, concretamente, esta forma «definida» de la república proletaria, socialista? ¿Cuál era el Estado que había comenzado a crear?



«El primer decreto de la Comuna fue [...] la supresión del ejército permanente para sustituirlo por el pueblo armado».

Esta reivindicación figura hoy en los programas de todos los partidos que deseen llamarse socialistas. ¡Pero lo que valen sus programas nos lo dice mejor que nada la conducta de nuestros socialrevolucionarios y mencheviques, que precisamente después de la revolución del 27 de febrero han renunciado de hecho a poner en práctica esta reivindicación!

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de París. Eran responsables y podían ser revocados en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. [...] La policía, que hasta entonces había sido instrumento del gobierno central, fue despojada inmediatamente de todos sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante esta y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de todas las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos lo hacían por el salario de un obrero. Todos los privilegios y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron junto con estos. [...] Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, instrumentos de la fuerza material del antiguo gobierno, la Comuna se apresuró a destruir también la fuerza de opresión espiritual, el poder de los curas [...]. Los funcionarios judiciales perdieron su aparente independencia [...]. En el futuro debían ser elegidos públicamente, ser responsables y revocables.

Por tanto, la Comuna sustituye la máquina estatal destruida, aparentemente «solo» por una democracia más completa: supresión del ejército permanente y completa elegibilidad y revocabilidad de todos los funcionarios. Pero, en



realidad, este «solo» representa un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de un tipo distinto por principio. Aquí estamos precisamente ante uno de esos casos de «transformación de la cantidad en calidad»: la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial para la represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.

Todavía es necesario reprimir a la burguesía y vencer su resistencia. Esto era especialmente necesario para la Comuna, y una de las causas de su derrota está en no haber hecho esto con suficiente decisión. Pero aquí el órgano represor es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y la servidumbre que bajo la esclavitud asalariada. ¡Y, desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores, no es ya necesaria una «fuerza especial» de represión! En este sentido, el Estado comienza a extinguirse.

En vez de instituciones especiales de una minoría privilegiada (la burocracia privilegiada, los jefes del ejército permanente), puede llevar a efecto esto directamente la mayoría, y cuanto más intervenga todo el pueblo en la ejecución de las funciones propias del Poder del Estado tanto menor es la necesidad de dicho Poder.

En este sentido, es singularmente notable una de las medidas decretadas por la Comuna, que Marx subraya: la abolición de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios, la reducción de los sueldos de todos los funcionarios del Estado al nivel del «salario de un obrero». Aquí es precisamente donde se expresa de un modo más evidente el viraje de la democracia



burguesa a la democracia proletaria, de la democracia de la clase opresora a la democracia de las clases oprimidas, del Estado como «fuerza especial» para la represión de una determinada clase a la represión de los opresores por la fuerza conjunta de la mayoría del pueblo, de los obreros y los campesinos. ¡Y es precisamente en este punto tan evidente —tal vez el más importante, en lo que se refiere a la cuestión del Estado— en el que las enseñanzas de Marx han sido más relegadas al olvido! En los comentarios de popularización —cuya cantidad es innumerable— no se habla de esto. «Es uso» guardar silencio acerca de esto, como si se tratase de una «ingenuidad» pasada de moda, algo así como cuando los cristianos, después de convertirse el cristianismo en religión del Estado, se «olvidaron» de las «ingenuidades» del cristianismo primitivo y de su espíritu democrático-revolucionario.

La reducción de los sueldos de los altos funcionarios del Estado parece «simplemente» la reivindicación de un democratismo ingenuo, primitivo. Uno de los «fundadores» del oportunismo moderno, el exsocialdemócrata E. Bernstein, se ha dedicado más de una vez a repetir esas burlas burguesas triviales sobre el democratismo «primitivo». Como todos los oportunistas, como los actuales kautskianos, no comprendía en absoluto, en primer lugar, que el paso del capitalismo al socialismo es imposible sin un cierto «retorno» al democratismo «primitivo» (pues ¿cómo, si no, pasar a la ejecución de las funciones del Estado por la mayoría de la población, por toda la población en bloque?); y, en segundo lugar, que este «democratismo primitivo», basado en el capitalismo y en la cultura capitalista, no es el democratismo primitivo de los tiempos prehistóricos o de la época precapitalista. La cultura capitalista ha creado la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo y el teléfono, etcé-



tera, y sobre esta base, una enorme mayoría de las funciones del antiguo «poder del Estado» se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillísimas de registro, contabilidad y control, que estas funciones son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir, que pueden ejecutarse en absoluto por el «salario corriente de un obrero», que se las puede (y se las debe) despojar de toda sombra de algo privilegiado y «jerárquico».

La completa elegibilidad y la revocabilidad en cualquier momento de todos los funcionarios sin excepción; la reducción de su sueldo a los límites del «salario corriente de un obrero»: estas medidas democráticas, sencillas y «evidentes por sí mismas», al mismo tiempo que unifican en absoluto los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas atañen a la reorganización del Estado, a la reorganización puramente política de la sociedad, pero es evidente que solo adquieren su pleno sentido e importancia en conexión con la «expropiación de los expropiadores» ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción en propiedad social.

«Al suprimir las dos mayores partidas de gastos, el ejército y la burocracia, la Comuna —escribe Marx— convirtió en realidad la consigna de todas las revoluciones burguesas: un gobierno barato».

Entre los campesinos, al igual que en las demás capas de la pequeña burguesía, solo «prospera», solo «se abre paso» en sentido burgués, es decir, se convierten en gentes acomodadas, en burgueses o en funcionarios con una situación garantizada y privilegiada, una minoría insignificante. La inmensa mayoría de los campesinos de todos los países ca-



pitalistas en que existe una masa campesina (y estos países capitalistas forman la mayoría), se halla oprimida por el gobierno y ansía derrocarlo, ansía un gobierno «barato». Esto puede realizarlo solo el proletariado, y, al realizarlo, da al mismo tiempo un paso hacia la transformación socialista del Estado.

3. La abolición del parlamentarismo

«La Comuna —escribió Marx—debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo».

En vez de decidir una vez cada tres o cada seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar [*ver-und zertreten*] al pueblo en el parlamento, el sufragio universal debía servir al pueblo, organizado en comunas, de igual modo que el sufragio individual sirve a los patronos para encontrar obreros, inspectores y contables con destino a sus empresas.

Esta notable crítica del parlamentarismo, trazada en 1871, figura también hoy, gracias al predominio del socialchovismo y del oportunismo, entre las «palabras olvidadas» del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los «mercachifles» socialistas de nuestros días han dejado íntegramente a los anarquistas la crítica del parlamentarismo, y sobre esta base asombrosamente juiciosa han declarado toda crítica del parlamentarismo ¡¡como «anarquismo»!! No tiene nada de extraño que el proletariado de los países parlamentarios «adelantados», asqueado de «socialistas» como los Scheidemann, David, Legien, Sembat, Renaudel, Henderson, Vandervelde, Stau-ning, Branting, Bissolati y Cía., haya puesto cada vez más



sus simpatías en el anarcosindicalismo, a pesar de que este es hermano carnal del oportunismo.

Pero para Marx la dialéctica revolucionaria no fue nunca esa vacua frase de moda, esa bagatela en que la han convertido Plejánov, Kautsky y otros. Marx sabía romper implacablemente con el anarquismo por su incapacidad para aprovecharse hasta del «establo» del parlamentarismo burgués—sobre todo cuando se sabe que no se está ante situaciones revolucionarias—, pero, al mismo tiempo, sabía también hacer una crítica auténticamente revolucionaria proletaria del parlamentarismo.

Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no solo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas.

Pero si planteamos la cuestión del Estado, si enfocamos el parlamentarismo como una de las instituciones del Estado, desde el punto de vista de las tareas del proletariado en este terreno, ¿dónde está entonces la salida del parlamentarismo? ¿Cómo es posible prescindir de él?

Hay que decir, una y otra vez, que las enseñanzas de Marx, basadas en la experiencia de la Comuna, están tan olvidadas, que para el «socialdemócrata» moderno (léase: para los actuales traidores al socialismo) es sencillamente incomprensible otra crítica del parlamentarismo que no sea la anarquista o la reaccionaria.

La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en la abolición de las instituciones representativas y de la elegi-



bilidad, sino en transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones «de trabajo».

«La Comuna debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo».

«No una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo»: ¡este tiro va derecho al corazón de los parlamentarios modernos y de los «perrillos falderos» parlamentarios de la socialdemocracia! Fíjense en cualquier país parlamentario, de Norteamérica a Suiza, de Francia a Inglaterra, Noruega, etcétera: la verdadera labor «de Estado» se hace entre bastidores y la ejecutan los ministerios, las oficinas, los Estados Mayores. En los parlamentos no se hace más que charlar, con la finalidad especial de embaucar al «vulgo». Y tan cierto es esto, que hasta en la república rusa, república democráticoburguesa, antes de haber conseguido crear un verdadero parlamento, se han puesto de manifiesto en seguida todos estos pecados del parlamentarismo. Héroe del filisteísmo podrido como los Skóbelev y los Tsereteli, los Chernov y los Avkséntiev se las han arreglado para envilecer hasta a los Soviets, según el patrón del más sórdido parlamentarismo burgués, convirtiéndolos en vacuos lugares de charlatanería.

En los Soviets, los señores ministros «socialistas» engañan a los ingenuos aldeanos con frases y con resoluciones. En el gobierno, se desarrolla un rigodón permanente, de una parte para «cebar» con puestecitos bien retribuidos y honrosos al mayor número posible de socialrevolucionarios y mencheviques, y, de otra parte, para «distraer la atención» del pueblo. ¡Mientras tanto, en las oficinas y en los Estados Mayores «se desarrolla» la labor «del Estado»!



El «Dielo Naroda», órgano del partido gobernante de los «socialistas revolucionarios», reconocía no hace mucho en un editorial —con esa sinceridad inimitable de las gentes de la «buena sociedad» en la que «todos» ejercen la prostitución política— que hasta en los ministerios regentados por «socialistas» (¡perdonen la expresión!), que hasta en estos ministerios ¡subsiste sustancialmente todo el viejo aparato burocrático, funcionando a la antigua y saboteando con absoluta «libertad» las iniciativas revolucionarias! Y aunque no tuviésemos esta confesión, ¿acaso la historia real de la participación de los socialrevolucionarios y los mencheviques en el gobierno no demuestra esto? Lo único que hay de característico en esto es que los señores Chernov, Rusánov, Sensínov y demás redactores del «Dielo Naroda», asociados en el ministerio con los kadetes, han perdido el pudor hasta tal punto, que no se avergüenzan de contar públicamente, sin rubor, como si se tratase de una pequeñez, ¡¡que en «sus» ministerios todo está igual que antes!! Para engañar a los campesinos ingenuos, frases revolucionario-democráticas, y para «complacer» a los capitalistas, el laberinto burocrático-oficinesco: he ahí la esencia de la «honorable» coalición.

La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de crítica y de examen no degenera en engaño, pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria;



sin parlamentarismo, sí puede y debe concebirse, si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase vacua, si la aspiración de derrocar la dominación de la burguesía es en nosotros una aspiración seria y sincera y no una frase «electoral» para cazar los votos de los obreros, como es en los labios de los mencheviques y los socialrevolucionarios, como es en los labios de los Scheidemann y Legien, los Sembat y Vandervelde.

Es sobremanera instructivo que, al hablar de las funciones de aquella burocracia que necesita también la Comuna y la democracia proletaria, Marx tome como punto de comparación a los empleados de «cualquier otro patrono», es decir, una empresa capitalista corriente, con «obreros, inspectores y contables».

En Marx no hay ni rastro de utopismo, en el sentido de que invente y fantasee sobre la «nueva» sociedad. No, Marx estudia como un proceso histórico-natural cómo nace la nueva sociedad de la antigua, estudia las formas de transición de la antigua a la nueva sociedad. Toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza en sacar las enseñanzas prácticas de ella. «Aprende» de la Comuna, como todos los grandes pensadores revolucionarios no temieron aprender de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida, no dirigiéndoles nunca «sermones» pedantescos (por el estilo del «no se debía haber empuñado las armas», de Plejánov, o de la frase de Tsereteli: «una clase debe saber moderarse»).

No cabe hablar de la abolición repentina de la burocracia, en todas partes y hasta sus últimas raíces. Esto es una utopía. Pero el destruir de golpe la antigua máquina burocrática y comenzar a construir inmediatamente otra nueva, que permita reducir gradualmente a la nada toda burocracia,



no es una utopía; es la experiencia de la Comuna, es la tarea directa, inmediata, del proletariado revolucionario.

El capitalismo simplifica las funciones de la administración del «Estado», permite desterrar la «administración burocrática» y reducirlo todo a una organización de los proletarios (como clase dominante) que toma a su servicio, en nombre de toda la sociedad, a «obreros, inspectores y contables».

Nosotros no somos utopistas. No «soñamos» en cómo podrá prescindirse de golpe de todo gobierno, de toda subordinación; estos sueños anarquistas, basados en la incompreensión de las tareas de la dictadura del proletariado, son fundamentalmente ajenos al marxismo y, de hecho, solo sirven para aplazar la revolución socialista hasta el momento en que los hombres sean distintos. No, nosotros queremos la revolución socialista con hombres como los de hoy, con hombres que no puedan arreglárselas sin subordinación, sin control, sin «inspectores y contables».

Pero a quien hay que someterse es a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores: al proletariado. La «administración burocrática» específica de los funcionarios del Estado, puede y debe comenzar a sustituirse inmediatamente, de la noche a la mañana, por las simples funciones de «inspectores y contables», funciones que ya hoy son plenamente accesibles al nivel de desarrollo de los habitantes de las ciudades y que pueden ser perfectamente desempeñadas por el «salario de un obrero».

Organizaremos la gran producción nosotros mismos, los obreros, partiendo de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, basándonos en nuestra propia experiencia obrera, estableciendo una disciplina rigurosísima, férrea, mantenida por el poder estatal de los obreros armados; reduciremos a



los funcionarios del Estado a ser simples ejecutores de nuestras directivas, «inspectores y contables» responsables, revocables y modestamente retribuidos (en unión, naturalmente, de técnicos de todas clases, de todos los tipos y grados): he ahí nuestra tarea proletaria, he ahí por dónde se puede y se debe empezar a llevar a cabo la revolución proletaria. Este comienzo, sobre la base de la gran producción, conduce por sí mismo a la «extinción» gradual de toda burocracia, a la creación gradual de un orden —orden sin comillas, orden que no se parecerá en nada a la esclavitud asalariada—, de un orden en que las funciones de inspección y de contabilidad, cada vez más simplificadas, se ejecutarán por todos siguiendo un turno, acabarán por convertirse en costumbre, y, por fin, desaparecerán como funciones especiales de una capa especial de la sociedad.

Un ingenioso socialdemócrata alemán de la década de 1870 dijo que el correo era un modelo de economía socialista. Esto es muy exacto. Hoy, el correo es una empresa organizada según el patrón de un monopolio capitalista de Estado. El imperialismo va convirtiendo poco a poco todos los *trusts* en organizaciones de este tipo. En ellos vemos esa misma burocracia burguesa, entronizada sobre los «simples» trabajadores, agobiados de trabajo y hambrientos. Pero el mecanismo de la gestión social está ya preparado en estas organizaciones. No hay más que derrocar a los capitalistas, destruir, por la mano férrea de los obreros armados, la resistencia de estos explotadores, romper la máquina burocrática del Estado moderno, y tendremos ante nosotros un mecanismo de alta perfección técnica, libre del «parásito» y perfectamente susceptible de ser puesto en marcha por los mismos obreros unidos, dando ocupación a técnicos, inspectores y contables y retribuyendo el trabajo de todos estos, como el de todos los funcionarios del «Estado» en general,



con el salario de un obrero. He aquí una tarea concreta, una tarea práctica que es ya inmediatamente realizable con respecto a todos los *trusts*, que libera a los trabajadores de la explotación y que tiene en cuenta la experiencia ya iniciada prácticamente (sobre todo en el terreno de la organización del Estado) por la Comuna.

Organizar toda la economía nacional como lo está el correo para que los técnicos, los inspectores, los contables y todos los funcionarios en general perciban sueldos que no sean superiores al «salario de un obrero», bajo el control y la dirección del proletariado armado: he ahí nuestro objetivo inmediato. He ahí el Estado que nosotros necesitamos y la base económica sobre la que este Estado tiene que descansar. He ahí lo que darán la abolición del parlamentarismo y la conservación de las instituciones representativas, he ahí lo que librerá a las clases trabajadoras de la prostitución de estas instituciones por la burguesía.

4. Organización de la unidad de la nación

«En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna debía ser la forma política hasta de la aldea más pequeña del país». Las comunas elegirían la «delegación nacional» de París.

«Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían entonces al gobierno central no se suprimirían, como falseando conscientemente la verdad se ha dicho, sino que serían desempeñadas por funcionarios comunales, es decir, rigurosamente responsables».



No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal. La unidad de la nación debía convertirse en una realidad mediante la destrucción de aquel Poder del Estado que pretendía ser la encarnación de esta unidad, pero quería ser independiente de la nación y estar situado por encima de ella. De hecho, este Poder del Estado no era más que una excrescencia parasitaria en el cuerpo de la nación.

«La tarea consistía en amputar los órganos puramente represivos del viejo Poder estatal y arrancar sus legítimas funciones de manos de una autoridad que pretende colocarse sobre la sociedad, para restituir las a los servidores responsables de esta».

Hasta qué punto los oportunistas de la socialdemocracia actual no han comprendido —tal vez fuera más exacto decir que no han querido comprender— estos razonamientos de Marx, lo revela mejor que nada el libro erostráticamente célebre del renegado Bernstein: *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Refiriéndose precisamente a las citadas palabras de Marx, Bernstein escribía que en ellas se desarrolla un programa

que, por su contenido político, presenta, en todos sus rasgos esenciales, la mayor semejanza con el federalismo de Proudhon... Pese a todas las demás diferencias que separan a Marx y al «pequeñoburgués» Proudhon [Bernstein pone esta palabra entre comillas, queriendo darle una intención irónica], en estos puntos el curso de las ideas es el más afín que cabe en ambos.

Naturalmente, prosigue Bernstein, que la importancia de las municipalidades va en aumento, pero a mí me parece dudoso que esta abolición [*Auflösung* —literalmente: disolución—] de los Estados modernos y la transformación completa [*Umwandlung*:



cambio radical] de su organización, tal como Marx y Proudhon la describen (formación de la Asamblea Nacional con delegados de las asambleas provinciales o regionales, integradas a su vez por delegados de las comunas), tendría que ser la obra inicial de la democracia, desapareciendo, por tanto, todas las formas anteriores de las representaciones nacionales (Bernstein «Las premisas del socialismo», págs. 134 y 136, edición alemana de 1899).

Esto es sencillamente monstruoso: ¡Confundir las concepciones de Marx sobre la «destrucción del Poder estatal, del parásito», con el federalismo de Proudhon! Pero esto no es casual, pues al oportunista no se le pasa siquiera por las mientes pensar que aquí Marx no habla en manera alguna del federalismo por oposición al centralismo, sino de la destrucción de la antigua máquina burguesa del Estado, existente en todos los países burgueses.

Al oportunista solo se le viene a las mientes lo que ve en torno suyo, en medio del filisteísmo mezquino y del estancamiento «reformista», a saber: ¡solo las municipalidades!

El oportunista ha perdido la costumbre de pensar siquiera en la revolución del proletariado.

Esto es ridículo. Pero lo curioso es que nadie haya contendido con Bernstein acerca de este punto. Bernstein fue refutado por muchos, especialmente por Plejánov en la literatura rusa y por Kautsky en la europea, pero ni uno ni otro han hablado de esta tergiversación de Marx por Bernstein.

El oportunista se ha desacostumbrado hasta tal punto de pensar en revolucionario y de reflexionar acerca de la revolución, que atribuye a Marx el «federalismo», confundiéndole con el fundador del anarquismo, Proudhon. Y Kautsky y Plejánov, que quieren pasar por marxistas ortodoxos y defender la doctrina del marxismo revolucionario, ¡guardan silencio acerca de esto! Nos encontramos aquí



con una de las raíces de ese extraordinario bastardeo de las ideas acerca de la diferencia entre marxismo y anarquismo, que es característico tanto de los kautskianos como de los oportunistas y del que habremos de hablar todavía más.

En los citados pasajes de Marx sobre la experiencia de la Comuna, no hay ni rastro de federalismo. Marx coincide con Proudhon precisamente en algo que no ve el oportunista Bernstein. Marx discrepa de Proudhon precisamente en aquello en que Bernstein ve una afinidad.

Marx coincide con Proudhon en que ambos abogan por la «destrucción» de la máquina moderna del Estado. Esta coincidencia del marxismo con el anarquismo (tanto con el de Proudhon como con el de Bakunin) no quieren verla ni los oportunistas ni los kautskianos, pues ambos han desertado del marxismo en este punto.

Marx discrepa de Proudhon y de Bakunin precisamente en la cuestión del federalismo (para no hablar siquiera de la dictadura del proletariado). El federalismo es una derivación de principio de las concepciones pequeñoburguesas del anarquismo.

Marx es centralista. En los pasajes suyos citados más arriba, no se contiene la menor desviación del centralismo. ¡Solo quienes se hallen poseídos de la «fe supersticiosa» del filisteo en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina del Estado burgués con la destrucción del centralismo!

Y bien, si el proletariado y los campesinos pobres toman en sus manos el poder del Estado, se organizan de un modo absolutamente libre en comunas y unifican la acción de todas las comunas para dirigir los golpes contra el capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar a toda



la nación, a toda la sociedad, la propiedad privada sobre los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etcétera, ¿acaso esto no será el centralismo? ¿Acaso esto no será el más consecuente centralismo democrático, y además un centralismo proletario?

A Bernstein no le cabe, sencillamente, en la cabeza que sea posible un centralismo voluntario, una unión voluntaria de las comunas en la nación, una fusión voluntaria de las comunas proletarias para aplastar la dominación burguesa y la máquina burguesa del Estado. Para Bernstein, como para todo filisteo, el centralismo es algo que solo puede venir de arriba, que solo puede ser impuesto y mantenido por la burocracia y el militarismo.

Marx subraya intencionadamente, como previendo la posibilidad de que sus ideas fueran tergiversadas, que acusar a la Comuna de querer destruir la unidad de la nación, de querer suprimir el poder central, es una falsedad consciente. Marx usa intencionadamente la expresión «organizar la unidad de la nación», para contraponer el centralismo consciente, democrático, proletario, al centralismo burgués, militar, burocrático.

Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír. Y los oportunistas de la socialdemocracia actual no quieren, en efecto, oír hablar de la destrucción del poder del Estado, de la eliminación del parásito.

5. La destrucción del Estado parásito

Hemos citado ya, y vamos a completarlas aquí, las palabras de Marx relativas a este punto.



Generalmente, las nuevas creaciones históricas están destinadas a que se las tome por una reproducción de las formas viejas, y aun ya caducas, de vida social con las cuales las nuevas instituciones presentan cierta semejanza. Así, también esta nueva Comuna, que viene a destruir [*bricht*: romper] el poder estatal moderno, ha sido considerada como una resurrección de las comunas medievales [...] como una federación de pequeños Estados, con arreglo al sueño de Montesquieu y los girondinos [...] como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo [...].

Por el contrario, el régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía devorando el «Estado», parásito que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia [...].

El régimen comunal habría colocado a los productores rurales bajo la dirección ideológica de las capitales de sus provincias y les habría ofrecido aquí, en los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, como algo evidente, un régimen de autonomía local, pero ya no como contrapeso a un Poder del Estado que ahora sería superfluo.

«Destrucción del poder estatal», que era una «excrecencia parasitaria», su «amputación», su «aplastamiento», el «poder del Estado que ahora sería superfluo»: he aquí cómo se expresa Marx al hablar del Estado, valorando y analizando la experiencia de la Comuna.

Todo esto fue escrito hace poco menos de medio siglo, pero hoy hay que proceder a verdaderas excavaciones para llevar a la conciencia de las grandes masas un marxismo no falseado. Las conclusiones deducidas de la observación de la última gran revolución vivida por Marx fueron dadas al



olvido precisamente al llegar el momento de las siguientes grandes revoluciones del proletariado.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que han encontrado su expresión en ella demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas esencialmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era en esencia el gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política, descubierta, al fin, bajo la cual podía llevarse a cabo la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura.

Los utopistas se habían dedicado a «descubrir» las formas políticas bajo las cuales debía producirse la transformación socialista de la sociedad. Los anarquistas se desentendían del problema de las formas políticas en general. Los oportunistas de la socialdemocracia actual tomaron las formas políticas burguesas del Estado democrático parlamentario como el límite del que no podía pasarse y se rompieron la frente de tanto prosternarse ante este «modelo», considerando como anarquismo toda aspiración a romper estas formas.

Marx dedujo de toda la historia del socialismo y de las luchas políticas que el Estado deberá desaparecer y que la forma transitoria para su desaparición (la forma de transición del Estado al no Estado) será «el proletariado organizado como clase dominante». Pero Marx no se proponía descubrir las formas políticas de este futuro. Se limitó a la investigación precisa de la historia francesa, a su análisis y a



la conclusión a que llevó el año 1851: se avecina la destrucción de la máquina del Estado burgués.

Y cuando estalló el movimiento revolucionario de masas del proletariado, Marx, a pesar del revés sufrido por este movimiento, a pesar de su fugacidad y de su patente debilidad, se puso a estudiar qué formas había revelado.

La Comuna es la forma, «descubierta, al fin», por la revolución proletaria, bajo la cual puede lograrse la emancipación económica del trabajo.

La Comuna es el primer intento de la revolución proletaria de destruir la máquina del Estado burgués, y la forma política, «descubierta, al fin», que puede y debe sustituir a lo destruido.

Más adelante, en el curso de nuestra exposición, veremos que las revoluciones rusas de 1905 y 1917 prosiguen, en otras circunstancias, bajo condiciones diferentes, la obra de la Comuna, y confirman el genial análisis histórico de Marx.





O crime de rico a lei o cobre. O Estado esmaga o oprimido



Não há direitos para o pobre. Ao rico tudo é permitido



À opressão não mais sujeitos! Somos iguais todos os seres



Não mais deveres sem direitos. Não mais direitos sem deveres!



Su, lottiamo! l'ideale nostro alfine sarà l'Internazionale futura umanità!



Su, lottiamo! l'ideale nostro alfine sarà



l'Internazionale futura umanità!

Manifiesto de la Federación de Artistas de París¹

Los artistas de París que se adhieren a los principios de la República Comunal se constituyen en federación.

Esta concentración de todas las inteligencias artísticas se basará en:

- La libre expansión del arte, sin ninguna custodia gubernamental ni privilegio.
- La igualdad de derechos entre todos los miembros de la federación.
- La independencia y la dignidad de cada artista, protegidas por todos mediante la creación de un comité elegido por sufragio universal de los artistas. Este comité fortalece los lazos de solidaridad y representa una unidad de acción.

Constitución del comité

El comité está integrado por 47 miembros representantes de las distintas facultades, a saber:

¹ (N. de E.) La fuente original de este texto es <https://gabrielperi.fr/commune-de-paris/programme-de-la-federation-des-artistes/>



16 pintores,
10 escultores,
5 arquitectos,
6 talladores/grabadores,
10 miembros representantes del arte decorativo (incorrectamente llamado arte industrial).

Son designados por sistema de escrutinio de listas y voto secreto.

Tienen derecho a participar en la votación los ciudadanos y las ciudadanas que acrediten su calidad de artistas, ya sea mediante la fama de sus obras, mediante una credencial de expositor, o bien mediante un certificado escrito de dos artistas que lo apadrinen.

Los miembros del comité son elegidos por una duración de un año.

Al final de dicho período, quince miembros, designados por votación secreta del comité, permanecerán en el cargo durante el año siguiente; y los otros treinta y dos miembros serán reemplazados.

Los miembros salientes solo pueden ser reelegidos después de haber transcurrido un año de intervalo.

El derecho de revocación puede ejercerse contra un miembro que no cumpla con su mandato. Esta revocación solo puede pronunciarse un mes después de que se haya realizado la solicitud y si la votación se realiza en asamblea general, por una mayoría de dos tercios de los votantes.



Determinación del mandato

Este gobierno del mundo de las artes por parte de los artistas tiene como misión:

- La conservación de tesoros del pasado;
- La implementación y puesta en relieve de todos los elementos del presente;
- La regeneración del futuro a través de la educación.

Monumentos, museos

Los monumentos, desde el punto de vista artístico, los museos y los establecimientos de París que contengan galerías, colecciones y bibliotecas de obras de arte, que no pertenezcan a particulares, quedan encomendados a la conservación y supervisión administrativa del comité.

El comité elabora, conserva, corrige y completa los planos, inventarios, repertorios y catálogos.

Los pone a disposición del público para fomentar su estudio y satisfacer la curiosidad de los visitantes.

Toma nota del estado de conservación de los edificios, señala las reparaciones urgentes y presenta ante la Comuna un informe frecuente sobre su trabajo.

Tras examinar su capacidad e investigar su moral, el comité nombra administradores, secretarios, archivistas y custodios, para garantizar las necesidades de servicio de estos establecimientos y para las exposiciones, que se abordarán a continuación.



Exposiciones

El comité organiza exposiciones comunales, nacionales e internacionales que se llevan a cabo en París.

Para las exposiciones nacionales o internacionales que no se llevan a cabo en París, delega una comisión que se encarga de los intereses de los artistas parisinos.

Solo admite obras firmadas por sus autores, creaciones originales o traducciones de un arte por otro (por ejemplo, un grabado que traduce una pintura, etc.)

Rechaza absolutamente cualquier exposición mercantil, orientada a reemplazar el nombre del verdadero creador por el del editor o fabricante.

No otorga premios o recompensas.

Los trabajos ordinarios encargados por la Comuna serán distribuidos entre los artistas designados por los votos de todos los expositores.

Los trabajos extraordinarios se asignan por concurso.

Educación

El comité supervisa la enseñanza de dibujo y de modelado en las escuelas primarias y profesionales de la Comuna, cuyos profesores son designados por concurso; fomenta la introducción de métodos atractivos y lógicos, marca los modelos y señala a los individuos en quienes se revela un genio superior y cuyos estudios deben completarse con los gastos cubiertos por la Comuna.

Provoca y alienta la construcción de amplios salones para la educación superior, para conferencias sobre estética, historia y filosofía del arte.



Publicidad

Se creará un instrumento de publicidad titulado: *Boletín Oficial de las Artes*.

Esta revista publicará, bajo el control y la responsabilidad del comité, datos sobre el mundo de las artes e información útil para los artistas.

Se publicarán los informes de los trabajos del comité, las actas de sus reuniones, el presupuesto de ingresos y egresos, y todos los trabajos de estadísticas que brinden aclaraciones y datos organizativos.

La parte literaria, dedicada a las disertaciones sobre estética, será un campo neutro abierto a todas las opiniones y a todos los sistemas.

Progresista, independiente, digno y sincero, el *Boletín Oficial de las Artes* será la comprobación más importante de nuestra regeneración.

Arbitrajes

Para todas las controversias y los litigios relacionados con las artes, el comité, a pedido de las partes interesadas, artistas u otros, designará árbitros conciliadores.

En cuestiones de principios y de interés general, el comité se constituye como consejo arbitral y sus decisiones quedan registradas en el *Boletín Oficial de las Artes*.



Iniciativa individual

El comité invita a todo ciudadano a comunicarle cualquier propuesta, proyecto, informe, opinión que tenga como objetivo el desarrollo del arte, la emancipación moral o intelectual de los artistas, o la mejora material de su suerte.

El comité se lo comunica a la Comuna y le brinda su apoyo moral y su colaboración en lo que considere factible.

Hace un llamamiento a la opinión pública para que sancione todo intento de desarrollo, dándoles publicidad a estas propuestas en el *Boletín Oficial de las Artes*.

Finalmente, mediante la palabra, la pluma, el lápiz, la reproducción popular de las obras maestras, la imagen inteligente y moralizadora que se puede difundir copiosamente y exhibir en los ayuntamientos de las comunas más humildes de Francia, el comité contribuirá a nuestra regeneración, a la inauguración del lujo comunal, a los esplendores del futuro y a la República universal.

G. Courbet, Moulinet, Stephen Martin, Alexandre Jousse, Roszezench, Trichon, Dalou, Jules Héreau, C. Chabert, H. Dubois, A. Faleynière, Eugène Pottier, Perrin, A. Mouilliard.





Mi vse ustvarjamo na svetu, zato naj vse bo naša last;



zato naj delavcu in kmetu pripada tudi vsa oblast.



Ko vse lenube in tirane uniči naša trda pest,



krivice bodo vse pregnane, svoboden rod vasi in mest.



ہے جنگ ہماری آخری جس پر ہے فیصلہ



گاؤ انترناسیونال اٹھو کے وقت آیا ہے جنگ ہماری آخری جس پر



ہے فیصلہ گاؤ انترناسیونال اٹھو کے وقت آیا

Resolución de los comuneros

Bertolt Brecht

I

Considerando nuestra debilidad
Ustedes hacen leyes para avasallarnos
En el futuro, esas leyes no serán cumplidas
Considerando que no queremos seguir siendo vasallos
Considerando que ustedes entonces
Nos amenazan con fusiles y cañones,
Hemos acordado temerle, más que a la muerte
A esta vida amarga que llevamos.

II

Considerando que ahí están las casas
Mientras ustedes nos dejan sin abrigo
Hemos acordado mudarnos a ellas
Pues no estamos cómodos en estos agujeros
Considerando que ustedes entonces



Nos amenazan con fusiles y cañones,
Hemos acordado temerle, más que a la muerte
A esta vida amarga que llevamos.

III

Considerando que nos quedamos con hambre
Mientras permitimos que ustedes nos roben
Vamos a comprobar que solo unas vidrieras
Nos separan del buen pan que nos falta
Considerando que ustedes entonces
Nos amenazan con fusiles y cañones,
Hemos acordado temerle, más que a la muerte
A esta vida amarga que llevamos.

IV

Considerando que existe demasiado carbón
Mientras nosotros sin carbón nos helamos
Hemos acordado ir a buscarlo ahora mismo
Considerando que así podemos calentarnos
Considerando que ustedes entonces
Nos amenazan con fusiles y cañones,
Hemos acordado temerle, más que a la muerte
A esta vida amarga que llevamos.

V

Considerando que ustedes no consiguen
brindarnos un buen salario,
Nos hacemos cargo de las fábricas
Considerando que sin ustedes podemos bastarnos
Considerando que ustedes entonces
Nos amenazan con fusiles y cañones,
Hemos acordado temerle, más que a la muerte
A esta vida amarga que llevamos.

VI

Considerando que no confiamos
En lo que siempre promete el gobierno
Hemos acordado bajo nuestra propia dirección
Hacer feliz nuestra vida desde este momento
Considerando que solo obedecen a los cañones
—Ustedes no podrán entender otro idioma—
Nos vemos obligados, y eso sí valdrá la pena
¡A enfilear contra ustedes los cañones!





Convocatoria de artistas

COMUNA
DE PARÍS 150

Visita la exhibición virtual de
portadas en: eltricontinental.org

El pueblo de París asumió el poder en la ciudad el 18 de marzo de 1871, abriendo la puerta a la utopía con su Comuna de París. Durante setenta y dos días, los trabajadores y las trabajadoras construyeron nuevas instituciones y avanzaron en la práctica de la democracia. Las fuerzas de la contrarrevolución se reagruparon, atacaron la ciudad y finalmente derrotaron a la Comuna el 28 de mayo. Dos días más tarde, Carlos Marx pronunció un discurso sobre la Comuna ante la Asociación Internacional de Trabajadores, un texto que se publicó posteriormente como *La guerra civil en Francia*.

Casi cincuenta años después, cuando se estaba formando la República Soviética, Lenin reflexionó sobre la Comuna y sobre el texto de Marx para analizar cómo destruir las instituciones estatales heredadas y construir una nueva forma institucional para el proceso socialista. La Comuna renació en una forma superior: el sóviet. Este libro recupera tanto el discurso de Marx como el capítulo de Lenin sobre la Comuna en *El Estado y la revolución*. También algunos textos de la propia Comuna.

Hemos decidido seguir el consejo de Lenin y publicar este libro no el 18 de marzo, cuando nació la Comuna de París, sino el 28 de mayo, cuando fue derrotada. La Comuna demuestra, según Lenin, que cada derrota del pueblo trabajador es una escuela. Cada nuevo intento de construir el socialismo aprende sus lecciones de las experiencias anteriores. La Comuna de París fue un intento histórico de los trabajadores y las trabajadoras de construir su propio Estado. Les saludamos y sacamos las lecciones de sus experiencias.

